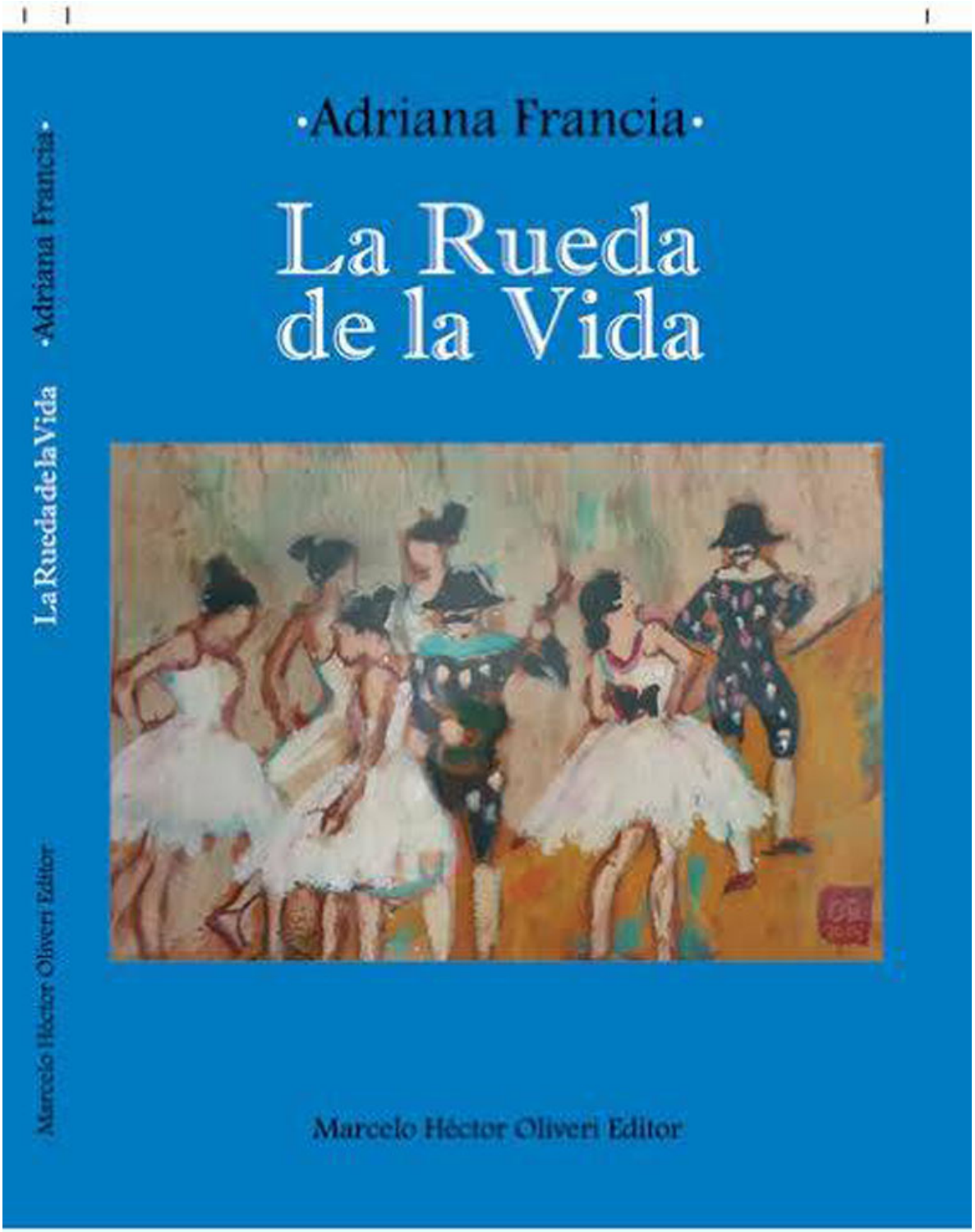
Libro La Rueda de la vida

Adriana Francia



Capítulo 1

Paisaje de escritura

Los seres humanos nacemos despiertos y la sociedad, cultura y costumbres nos van adormeciendo, teoriza Anthony de Mello en su libro "¡Despierta!"

Algunas personas no logran volver a despertarse, no les interesa, sepultan tan hondo sus verdaderos anhelos que no recuerdan que existen. Pasan por la vida sobreviviendo en la superficie de las emociones, los valores y las experiencias. Su preocupación y ocupación reside en el afuera, sin cuestionamientos profundos, viven para sí mismos y se sienten felices.

Otros van despertando empujados por diferentes motivos. La vida les presenta situaciones que la razón no siempre puede justificar, así comienzan a cuestionarse y con cada respuesta generan otra pregunta y se mueven en una espiral ascendente.

Para bien o para mal, no lo tengo tan claro, me encuentro entre los últimos. Es obvio que la oscuridad es más cómoda, las dudas que conducen al despertar son inquietantes, descolocan, desconciertan. Son verdaderamente incómodas, nos expulsan de nuestra zona de confort, en un viaje sin retorno.

Esa pequeña luz que al comienzo se asemeja a la llama de un fósforo no nos permite desconocerla y se agranda a medida que avanzamos. Su sombra aumenta y es más amenazante. Entonces, solo nos queda caminar hacia la claridad plena.

Cuentan que en una altísima montaña, al sur del mundo, brilla una luz y su esplendor se ve desde lejos

Hoy bordeo esa montaña, recorro precipicios y hermosos valles, me encuentro con otros buscadores, nos acompañamos en algunos tramos y nos despedimos en otros. Alguna vez nos reencontramos más arriba y otras nos perdemos para siempre.

Me ha pasado de caerme y quedarme allí tendida hasta que una mano amiga me ayudó a levantarme. En ocasiones una fuerza interior me empuja y no me permite flaquear, me alienta a continuar despertando. Hay tiempos que voy a paso vivo y otros en que pareciera que de rodillas en una penitencia autoimpuesta. Encuentro piedras que voy apartando, encrucijadas que voy resolviendo y hay tiempos en los parece que fuera por una autopista con el sol a pleno en el rostro disfrutando el paisaje.

La única certeza es el resplandor de la palabra que me atrae como un imán y la senda que dejo atrás y que ya no recorreré jamás.

La rueda de la vida

La rueda de la vida gira inexorable sin detenerse por nada ni nadie, pensaba mientras hojeaba distraída el diario y disfrutaba el sol que entraba por la ventana de la cafetería de la esquina de Independencia y Entre Ríos.

Se cumplía un año de su intervención, en un día como ese, de rara tibieza a principios del invierno. La tomó por sorpresa, se descompuso en la calle, la llevaron de urgencia al hospital, la operaron, estuvo internada una semana y la enviaron a su casa.

El mundo se revolucionó (mejor dicho, su mundo) dejó la oficina a cargo de su secretaria, la casa y sus hijos a cargo de sí mismos. Esa semana muchos de sus amigos fueron a acompañarla.

La cirugía se complicó y tuvieron que intervenirla por segunda vez, *te salvaste de milagro,* había dicho la médica, *se ve que de arriba dijeron que todavía no llegó tu hora. Naciste de nuevo.* Esta vez estuvo en el sanatorio durante un mes. El frío se hacía sentir con crudeza en el ambiente, en su alma y en la habitación que ya no estaba llena de gente.

Volvió a su casa. Pasó los meses de primavera en cama viendo por la ventana del dormitorio como los árboles poco a poco recuperaban sus hojas y ella apenas su frágil salud.

El teléfono del estudio sonaba cada vez menos, los que se habían dicho amigos se fueron distanciando, sólo permanecieron las hermanas de la vida, amigas de fierro y sus hijos.

Para comienzos del verano se vio obligada a vender la cartera de clientes a un colega, *lo hago como un favor, porque sos vos y nos conocemos desde hace tantos años*, y le pagó menos del valor real, lo suficiente para poder mantenerse sin lujos hasta su recuperación y volver a reinsertarse en el mercado laboral.

Dieron las doce campanadas de ese treinta y uno de diciembre y se encontró en la mesa de su casa con sus hijos y el papá, su ex marido, brindando porque el nuevo año trajera sobre todo salud.

Disfrutó el calor de Buenos Aires con sus encantos, pudo transitar las calles con comodidad y divertirse viendo vidrieras en los shoppings. Se entretuvo en los cines, con aire acondicionado, que estrenan las películas que en marzo competirán por los codiciados premios Oscar. Descubrió el placer de sentarse por las tardes, sin estar rodeada de una multitud, a

tomar un trago con un buen libro como compañía en alguna de las muchas confiterías de Palermo, San Telmo o Recoleta.

Con el comienzo del otoño llegaron las clases y todos volvieron a sus rutinas, salvo ella que seguía sin trabajo y su cuerpo que se negaba a recuperarse al cien por ciento. Había incorporado la costumbre del cafecito con el diario a la mañana leyendo los clasificados, aunque sabía que podía hacerlo por internet prefería el papel.

Por intermedio de una conocida le ofrecieron un empleo de medio tiempo, no era en su área de experiencia, ni era el mejor pago pero lo aceptó de inmediato.

Mientras recordaba ese aniversario y brindaba con ella misma por su nuevo nacimiento, se dio cuenta que ahora era una persona mucho más fuerte, más solitaria, que podía ver en perspectiva el valor de lo importante. Había limpiado la paja del trigo, rescatado lo verdadero de lo falso, descartado lo superficial y se había quedado con la esencia.

Las estaciones se suceden una tras otra. Uno puede verlas por la ventana del sanatorio, del dormitorio o del bar de la esquina, o salir y comprobar que el mundo continúa girando.

La mesa ocho

La señora venía todas las tardes y se sentaba en la mesa ocho, la más alejada, la más escondida. Pedía un café fuerte y una gaseosa, sacaba del bolso una lata, de lo que suponíamos era un energizante, y la agregaba a la gaseosa. Veía la plaza con la mirada perdida, o mejor dicho vaya uno a saber qué veía en la plaza. De pronto bajaba la cabeza y las lágrimas comenzaban a correr por su rostro. Sollozaba con un lamento ahogado, como pidiendo disculpas por la escena. A pesar de que nos partía el alma verla sufrir con tal intensidad, no nos animábamos a preguntarle nada, algo nos decía que teníamos que dejarla sola, que debíamos darle el espacio para desahogarse y soltar tanto dolor. Al cabo de unos minutos se secaba las lágrimas, pedía la cuenta, pagaba y se iba caminando muy despacio rumbo al Bajo.

Repitió esta rutina durante más de un mes. Ese jueves el sol brillaba insolente sobre la plaza, ella llegó empujando un cochecito de bebé con la capota bien cerrada para protegerlo de esos rayos atrevidos. Claudia se acercó con una sonrisa, con la esperanza de que esa tarde fuera diferente*. ¿Lo de siempre?* le preguntó. La mujer asintió con la cabeza. Repitió su rutina, incorporó el contenido de la lata en la gaseosa, sin embargo esta vez no lloró. Cuando sacó la billetera para pagar la cuenta dijo: *Voy a llevarlo a la plaza para que disfrute este día de sol.* Corrió la capota y se

fue empujando un carrito de bebé vacío.

Cara y cruz

Ella camina indiferente por la plaza con un andar sereno. Las mujeres giran la cabeza para mirarla, los hombres la admiran sin animarse a acercarse, sin atreverse a hablarle, los niños ríen ante su presencia y los perros mueven la cola para saludarla.

Ella camina indiferente por la plaza sin conciencia del brillo del aura que la rodea.

Tu sombra me persigue dondequiera que voy. Pasan días, meses, años y tu sombra, siempre presente.

Me ve reír y llorar, avanzar, me hace guiños de aprobación y me baja el pulgar en ciertas ocasiones.

Trato de ignorarla, perderla, olvidarla y sin embargo ella me gambetea, se esconde, se acomoda y aparece una y otra vez insistente, empecinada en mantenerme atrapada en la soledad de tu ausencia. En la oscuridad de tu presencia.

Un día de tregua

Se acostaron sin hablar, las espaldas enfrentadas. Aunque solo estaban a unos pocos centímetros de colchón, se encontraban a miles de kilómetros de distancia. Lejos, muy lejos uno del otro.

La discusión había comenzado por alguna pavada, como sucede casi siempre, y un tema llevó a otro y ella dijo cosas que tenía atragantadas y las soltó como si las escupiera. ¿Él la habrá escuchado? Se puso en víctima como siempre, pensó ella.

¿Cómo llegamos hasta acá? se preguntó con los ojos cerrados, totalmente desvelada. ¿Alguna vez habían estado enamorados? Quizás ¿O fue la soledad y la necesidad lo que los había reunido?

Ambos eran buenas personas, con sanas intenciones, tenían valores y gustos similares y sin embargo perdieron su punto de encuentro amoroso. Sabía que no lo recuperarían mientras buscaran otros intereses por sobre ellos mismos, estabilidad laboral, confort, éxito.

A esta edad y luego de un par de experiencias frustradas, ella se sentía escéptica, deseaba sobre todo un compañero con quien compartir buenos momentos y de los otros. El continuaba en la lucha por reconstruir sus

glorias laborales de antaño. Dos objetivos contrapuestos.

Ella apenas pegó un ojo en toda la noche. Él se fue temprano, como de costumbre, pegando un portazo y sin saludarla, lo que no era su costumbre. ¿Serían capaces de reencontrarse? pensó ella mientras desayunaba sola frente al televisor escuchando las noticias de la mañana.

Estaba arrepentida de haber mezclado pareja y trabajo. Lo supo cuando lo hizo y aún así siguió adelante. ¿Por qué nunca escuchaba su voz interior? Esa voz que le decía no lo hagas, cuidado y le prendía todas las luces rojas. Ella empecinada había actuado contra su sano juicio.

Ahora estaba metida en un lío del que no sabía cómo escapar. ¿Con quién podía hablarlo? Con nadie se respondió, estos intríngulis no los podían entender, ni siquiera su terapeuta que todo lo reducía a: *no se queje y actúe*. ¿Actuar? ¿Cómo? No lo sabía.

¿Quería continuar con la pareja, resolver los conflictos y seguir apostando a los dos? ¿Quería terminar con todo y cada uno a lo suyo? ¿Era el trabajo en común la excusa que utilizaba para evadir tomar una resolución? ¿Era la temida soledad una sombra más intimidante que una pareja que hoy no la satisfacía?

Decidió suspender todas las actividades del día, no tenía fuerzas para enfrentar el afuera con su interior hecho trizas. Sabía que no podía esconderse por siempre, pero al menos hoy se daba una tregua.

Caminó por la vereda del sol sin rumbo fijo. Paró en un café, no quería pensar y sin embargo era inevitable, su cabeza daba vueltas sobre lo mismo, los pensamientos saltaban como pochoclo en una sartén.

Entró en una iglesia sólo por buscar un lugar donde llorar sin que la molesten, se sintió algo más desahogada. Siguió caminando.

El día transcurrió entre calles soleadas y cafés. Al anochecer se dio cuenta que estaba muy lejos de su casa. Tomó un colectivo para regresar.

Entró al departamento vacío, recogió las cosas que habían quedado desordenadas, tendió la cama, se sentó en el sillón a oscuras, a la espera de que alguien encendiera una luz, en la casa y en su alma.

Tarde de verano

Las callecitas de Buenos Aires tiene ese no qué sé que, ¿viste?, cantaba Amelita Baltar en mi mente mientras caminaba por la cortada, aún empedrada, de esa callecita de Montserrat un jueves de comienzo de

verano.

Sentía la blusa pegada al cuerpo empapada por el calor agobiante. Iba distraída en mi mundo, miraba sin ver las casas, el cielo, la gente. Crucé de vereda para evitar el sol y casi me choco con él del otro lado de la ventana del café. Me escondí detrás de una pared para que no me descubriera y poder observarlo sin reparos.

No levantaba la vista del libro que descansaba sobre la mesa, ni siquiera para tomar un sorbo de café, que seguro era cortado, ni para mordisquear la medialuna, siempre de grasa.

Y a vos te vi tan triste… ¡Vení! ¡Volá! ¡Sentí!... el loco berretín que tengo para vos, seguía Amelita.

Su imagen me llevó a vernos, en un café tan igual y tan único como este, quince años atrás. Conversábamos acalorados cada uno defendiendo su postura y su razón*. Loco, loco, loco,*

-Estoy amortizando terapia, me soltó con obstinación.

-Me importa un rábano tu analista, tu terapia y tu amortización, respondí levantando el tono de voz.

Él quería volar en busca de nuevos horizontes, probar otras culturas, llevarme a una aventura. En cambio yo, apegada a mis afectos y a mi ciudad, remarcaba una y otra vez. N*osotros somos de Buenos Aires, acá está nuestra vida, la vamos a luchar juntos*. Los argumentos se repetían de un lado y del otro como una letanía. Ambos tironeábamos la soga en un cinchar donde lo importante era vencer al contrincante. La falta de experiencia de vida, todavía jóvenes de golpes y traspiés nos jugó en contra.

Me soltó la mano y ofendida por su incomprensión me levanté airada y salí al sofocante calor del asfalto de ese día de diciembre. Se quedó sentado, rojo de furia, mirando por la ventana sin moverse.

Tardé muchos años y muchos dolores para darme cuenta lo inútil que es querer tener la razón.

¡Qué linda mujer se acercó a saludarlo! Lo sacó del ensimismamiento de la lectura, le sonrió y cuando se acercó a darle un beso, por un segundo se cruzaron nuestras miradas. Me ruboricé como una nena a la que descubren en una travesura. . *Quereme así piantao, piantao, piantao, trepate a esta ternura de locos que hay en mí….*

Apuré el paso y me detuve en la esquina con el corazón latiendo al galope. Vinieron a mi memoria esas tardes en que nos leíamos poemas

tirados en la alfombra de nuestro refugio pequeño y coqueto, y los versos de Bécquer, que encontrábamos empalagosos, cursis y que recitábamos juntos con ironía:

"Pero al pensar en nuestro mutuo amor,

yo digo aún por qué callé aquel día

y ella dirá por qué no lloré yo".

¡Loco él y loca yo!

La Gata

A pesar de que ya hacía seis meses que Hugo se había separado de su esposa y mudado a su nuevo barrio, todavía se sentia perdido.

Seguía buscando "el" lugar dónde se sintiera cómodo con su rutina matinal: Un cortado servido en vaso con la leche aparte, una medialuna de manteca y una mesa confortable para abrir y leer el diario Clarín que recibía en su departamento todas las mañanas.

Su primera opción fue el bodegón de la esquina. El café era realmente malo, estuvo todo el día con acidez estomacal y lo descartó de inmediato.

Luego probó en una pizzería más moderna. El café estuvo bien, el lugar le pareció demasiado grande, pero lo que lo había disgustado había sido el innegable malhumor del mozo cuando le pidió la leche separada en una jarrita. Así y todo le puso un signo de interrogación mental, tendría que volver para tomar una decisión.

Incursionó en un par de bares más con igual resultado: signo de interrogación, no estaban ni bien ni mal.

El diarero le sugirió que fuera a La Gata, que quedaba a un par de cuadras de su casa. A la mañana siguiente se dirigió hacia allí. El café era bueno, el mozo amable y el lugar agradable. Sin embargo algo le faltaba, la familiaridad con la que el gallego lo trataba en su antiguo barrio, las conversaciones entre los clientes de las distintas mesas que arreglaban los problemas políticos y económicos del mundo en pocas horas. Las infaltables discusiones de fútbol, los jugadores que tenía que poner o sacar el director técnico de cada equipo, si había o no había sido penal esa jugada dudosa del partido anterior y por supuesto quién debía estar sí o sí en la Selección Nacional. Necesitaba el intercambio. Añoraba su lugar de pertenencia.

Hugo siguió alternando entre bares, cafés y bodegones.

Su equipo de fútbol venía teniendo una mala racha. Entró a La Gata, el mozo lo miró desde el mostrador y le preguntó: *¿Lo de siempre?* Asintió con la cabeza y desplegó el diario. Mientras le servía el café, el mozo quiso saber: *¿Cómo forma La Academia el domingo?* Hugo levantó la vista del suplemento deportivo y le informó.

Desde la mesa contigua un señor sentenció*: ¡Tienen que llamar a Mostaza para que los salve!*

Hugo giró la cabeza y La Gata se convirtió en su casa.

Misión cumplida

Inesita vivía con su familia a la vuelta de una casa de velatorio. Siempre le llamaba la atención ver salir ese coche inmenso repleto de flores liderando otros autos que lo seguían en procesión a un lugar llamado cementerio que no conocía y no terminaba de entender muy bien su significado.

La abuela, su Baba, le explicaba que era el lugar donde descansan los cuerpos de las personas que dejan de vivir mientras el alma se eleva de regreso a su hogar definitivo.

Inesita no comprendía por qué una persona dejaría de vivir, elegiría irse a descansar a un lugar con muchos desconocidos, lejos de su familia y amigos y mucho menos cómo el alma volaba a otro lado.

No es una elección, Dios nos da la vida y decide cuando hemos cumplido nuestra misión en la Tierra y nos llama de regreso a su lado. Nadie se muere en la víspera, todos tenemos nuestro día fijado, volvía a explicarle la Baba con paciencia infinita.

Pasaron los años, Inés creció y vio partir muchos cuerpos a descansar a ese lugar que ahora conocía y le resultaba odioso. Le quedaba la ilusión que le habían trasmitido las palabras de su Baba: el alma regresa a su hogar.

Cuando cumplió los veintidós años se mudó a la ciudad de Córdoba y volvía con frecuencia a Buenos Aires a visitar a la abuela que por ese entonces no se encontraba muy bien de salud.

Sus conversaciones siempre risueñas transcurrían entre las anécdotas que Inés traía de su nueva morada y los recuerdos de una España que había quedado atrás hacía ya muchas décadas. Disfrutaban esos encuentros con plenitud, y finalizaban con las recomendaciones pertinentes y un abrazo

estrecho y cálido.

Sin embargo esa tarde al despedirse la abuela agregó: *ya sos una mujer hecha y derecha, mi cuerpo está cansado, no resiste los trajines de este mundo, mi alma tiene sed de Dios*.

No digas tonterías replicó Inés con una sonrisa en el rostro y un dolor punzante en el pecho.

A la semana siguiente la llamaron urgente de Buenos Aires y le comunicaron que su abuela había sufrido una descompensación y se encontraba en estado delicado.

Inés llegó al sanatorio, vio el cuerpo delgado y pequeño perdido en la gran cama, los ojos cerrados y una expresión serena en el rostro. Se acercó despacio sin hacer ruido para no despertarla. La Baba abrió los ojos y dijo: *te estaba esperando.*

No quiero que te vayas Baba, sollozaba tomada de la mano y volviendo a sentirse la nena que miraba sin entender los cortejos fúnebres.

Nadie se muere en la víspera, ya te lo había explicado. Hoy es mi día, mi misión está cumplida. Sólo quería verte y abrazarnos por última vez.

Inés comprendió el pedido, la abrazó y le apretó la mano. La Baba cerró los ojos y el alma feliz regresó a su hogar.

Inesita se quedó unos momentos más a su lado, recordando…..

Aniceta era una vasca dura, estricta y culta, criada de pequeña en Madrid.

Había llegado a Buenos Aires huyendo de la guerra, persiguiendo la ilusión de la tierra prometida. Sus hermanas mayores se quedaron en España y ella se encontró sola y desarraigada en un país en el que lo único que hallaba similar era el idioma.

Por ese entonces, las familias pudientes acostumbraban tener varias personas de servicio para cubrir los quehaceres domésticos, así que comenzó a trabajar en lo que mejor sabía hacer: cocinar. A pesar de ser una mujer parca, casi antipática, todos en la casa de los Mitre aprendieron a quererla y respetarla. No salía a divertirse en sus días de franco, prefería quedarse a leer un buen libro o a practicar nuevas recetas con las que luego sorprendería a sus patrones.

Goyo, el chofer, un hombre de campo con costumbres muy diferentes a las suyas, la perseguía día y noche y terminó casándose con él para que la dejara en paz. (Inesita sonrió al recordar a su Baba cuando le contaba el

romance con el abuelo, a quien no había besado hasta la noche de bodas). Tuvieron tres hijas mujeres, la mayor fallecida a los seis meses de nacer. Aniceta quedó viuda muy joven, con sus dos hijas pequeñas aún, las crió a su modo, con sus valores y rectitud, amándolas profundamente sin permitirse demostrarlo.

Cada una de sus hijas tuvo a su vez una hija mujer. (Parecía que en su familia sólo había lugar para las mujeres, pensó Inés). La mayor se fue a vivir a la provincia. La menor se quedó con Aniceta en su casa.

Baba, la Ñaña, gritaba yo desde la cama cuando me despertaba y Aniceta me traía el desayuno y se quedaba a mi lado hasta que lo terminara. Tuve la suerte de conocerla con la guardia más baja. Ella fue para mí un bálsamo protector que me cubrió con su amor durante mi niñez y adolescencia.

Viví con ella hasta que cumplí quince años. Me llevó a la escuela, me enseñó a cocinar, me llevó con asiduidad al teatro Avenida a ver las zarzuelas que había disfrutado en su tierra natal y me contó anécdotas de su juventud, como cuando su hermana iba a bailar a la plaza principal con un gran mantón, todos la aplaudían y ella quería esconderse de la vergüenza que le daba. Me enseñó el valor del respeto y la dignidad, la importancia del estudio y el cumplimiento de la palabra dada.

Mi querida Baba, te agradezco por otorgarme el privilegio de conocer tu verdadero ser, cuidarme, comprenderme y estar para mí siempre que te necesité. Por darme la libertad de ser yo. Sé que vas a permanecer a mi lado y a seguir guiándome desde donde estés.

Pequeños grandes gestos

Ambición desmedida

Cada tarde al salir de su trabajo pasaba expresamente por el Café Victoria en pleno barrio de Recoleta. Se paraba a un costado y espiaba por la ventana las mesas de mujeres conversando y riendo mientras tomaban un té con sándwiches , masas y tortas. Las veía elegantes, despreocupadas y felices.

Ella deseaba eso para sí misma; pertenecer a ese grupo social que disfrutaba la vida en lugar de sufrirla. ¿Cuál era la diversión de tener que levantarse a las seis de la mañana, viajar como ganado para llegar al trabajo donde ganaba apenas lo justo para pagar el alquiler de la pieza de pensión y comer una vez al día?

Ese no era su plan para el resto de su existencia. ¿Cómo podría cambiarlo?¿Cómo introducirse en ese mundo maravilloso tan lejano de su

realidad?

Sabía que era linda, sus curvas atraían siempre las miradas de los hombres, aunque no de los que ella buscaba. Se dispuso a cambiar eso.

Para su fortuna, la dueña de la pensión era una señora muy generosa y ella le había caído en gracia así que le regalaba ropa, calzado y carteras que nunca hubiera podido comprar.

Con decisión comenzó a frecuentar los bares que ofrecían after office y se poblaban de hombres. Con ojo crítico distinguía a los empleados de los jefes y a los que realmente tenían poder. Con amabilidad y firmeza rechazaba a los primeros y segundos y se enfocaba en los últimos.

Solía quedarse sin comer por una semana para comprarse un accesorio que la hiciera lucir más refinada y la acercara al objetivo.

Puso su vista en un hombre unos veinte años mayor que durante un par de semanas la había mirado con insistencia y ella, siguiendo un plan elaborado al detalle, había evadido hasta que, como sin darse cuenta, lo tropezó de frente en el camino al toilette.

La invitó a tomar un trago y luego a cenar. Se sintió Cenicienta y no quería despertar.

Quedaron en reencontrarse al día siguiente. Él le confesó que estaba casado pero que con su mujer no pasaba nada, que sostenían el matrimonio por conveniencia mutua y que cada uno hacía su vida independiente.

Ella se quedó pensativa. Calculó con frialdad y determinó que en definitiva esta situación tan común le resultaba conveniente ya que la introducía en su mundo soñado y le permitía tener sus propios tiempos libres.

Los dos primeros meses fueron ideales. Conoció lugares que ni siquiera se hubiera atrevido a imaginar. Él fue muy generoso y le compró ropa, calzado, carteras y accesorios, además de alquilarle un departamento cerca de la oficina donde podían encontrarse sin peligro de quedar expuestos.

Pasada la novedad inicial, encuentros y regalos se fueron espaciando. Al principio no se preocupó, luego le preguntó directamente qué le pasaba y él le respondió sin vueltas que ya estaba algo aburrido y quería probar cosas nuevas. Le propuso darse un “saque” y formar un trío.

Ella se espantó, pero se contuvo, no quería bajo ningún concepto perder sus preciados privilegios. Le pidió un tiempo para pensar. *Apurate o*

vamos terminando, sentenció él.

Aceptó. Luego aceptó ir a un bar de swingers, luego inyectarse, luego juegos sadomasoquistas….

Habían pasado algo más de doce meses y ella se veía diez años mayor. Finalmente él se cansó y la echó.

Sola y desesperada, fue a tocar timbre a la puerta de la pensión. La dueña casi no la reconoció. *No tengo donde ir*, le dijo. La hizo pasar, le preparó una taza de té caliente y le brindó una cama para descansar.

La acompañó a rehabilitación y estuvo a su lado apoyándola todo el tiempo. Cuando logró salir de ese calvario, le consiguió un empleo cobrándose un favor que le debían, donde la tomaron a prueba.

Al volver del primer día de trabajo, mientras viajaba apretujada en el colectivo pensaba que no todo lo que reluce es oro y que la verdadera felicidad la había obtenido de los pequeños grandes gestos de gente común y corriente.

Por el Café Victoria no volvió a pasar jamás.

Perfume de jazmines

El perfume dulce de jazmines inundaba la vereda del Boulevard Güemes por donde ella caminaba esa tarde de setiembre. Se detuvo frente al puesto de flores y compró un ramo.

Llegó a su casa y a pesar de que tenía tiempo de sobra, comenzó a preparar la cena. Era la primera comida que compartirían en la intimidad del departamento. Había decidido comenzar con una ensalada de salmón, un plato simple, rico y colorido. Como principal unas crepes gratinadas que podía dejar preparadas y sólo tenía que calentar en el momento de servirlas y de postre, frutillas con crema. Un menú simple que le permitiría disfrutar la compañía sin estar pendiente de la cocina.

Él llegó puntual con una botella de vino en la mano. La encontró lista, muy bien arreglada con un vestido cruzado de jersey de algodón verde esmeralda ajustado por un lazo que resaltaba su figura y favorecía su tono de piel. Se había calzado unas sandalias de taco chino, no llevaba medias ni joyas, salvo un par de aros que junto a su cabello rubio enmarcaban el rostro. Lucía radiante.

Había tenido la precaución de colocar blues como música de fondo. La mesa estaba tendida con elegante sencillez, porcelana blanca y copas de cristal. La única iluminación consistía en unos candelabros bajos con velas

blancas.

Se sentaron enfrentados. Trajo la ensalada, que él ponderó. Cuando sirvió las crëpes, la tomó de la mano, la atrajo hacia sí y la besó con dulzura. *Esta cena merece un premio,* dijo con un guiño.

Colocó las frutillas en un bol transparente con trozos de hielo en la base y la crema batida en otro bol más pequeño. Los apoyó sobre la mesa. Acercándose a él con desenfado se sentó a horcajadas sobre sus rodillas. Sintió la reacción de inmediato. Tomó una frutilla, la pasó por la crema y la acercó a los labios para que ambos pudieran morderla.

Él la dejó hacer. Ella le desabrochó la camisa y frotó una frutilla con crema sobre su pecho que luego lamió con suavidad. Él ardía y esperaba ansioso el siguiente movimiento.

Ella se bajó de la silla y lo miró. Él entendiendo que era un juego de ambos y tomó la posta. Vio los jazmines sobre la mesa del living, la arrastró con suavidad al sillón donde la tendió mientras le desataba el vestido con un movimiento. Comenzó a pasarle los pétalos húmedos y aromáticos sobre la piel. Ella se embriagó con el aroma, su respiración se entrecortaba mientras el cuerpo se arqueaba de placer.

Se buscaron ansiosos como imanes ardientes y se complementaron a la perfección. Estallaron al unísono en un bramido lujurioso de placer y satisfacción.

Permanecieron abrazados prolongando el momento. Las velas se consumieron y los envolvió la oscuridad. Sólo sus cuerpos volvieron a encenderse.

) Complicidad

Tus manos frías trepan por mis muslos debajo del camisón rosa de franela, mi cuerpo reacciona automáticamente con piel de gallina y los pezones se yerguen. Así de simple comienzan nuestros juegos.

Me encanta esa complicidad que construimos durante el día armada de miradas impúdicas, palabras impuras susurradas a través del teléfono, promesas lujuriosas recibidas por mensaje de texto en medio de una reunión.

La salida de la oficina nos encuentra a los besos en cualquier esquina. Apuramos el paso, subimos al auto y se nos van las manos.

En casa nos espera una botella de champagne en la heladera o un malbec en el estante del modular que descorchás ni bien llegamos para que se

airee.

Preparamos alguna comida rápida mientras las estufas caldean los cuartos y nosotros permanecemos en nuestro mundo ardiente. ¡Cuántas comidas se quemaron mientras hicimos el amor en la cocina!

Hoy llevamos las copas burbujeantes a la cama, me levantás el camisón de franela rosa y dejás correr el líquido frío y chispeante para beberlo sobre mi cuerpo erizado.

Yo me dejo disfrutar y me entrego a vos.

Europa

Sonó su teléfono celular y corrió a atenderlo. No hizo falta que viera el identificador para saber quién llamaba. *¡Hola!* Un breve silencio y enseguida comenzó a sonar el saxo con la introducción del famoso tema musical *Europa* de Carlos Santana.

Se tendió en la alfombra y comenzó a disfrutar la sensualidad de la melodía, que la transportó al monoambiente prestado, donde por primera vez la habían escuchado, interpretada en forma magistral por el Gato Barbieri.

Habían comenzado a besarse con dulzura, con la timidez de los amantes en el primer encuentro. Poco a poco fueron ganando confianza, las manos reconocían el cuerpo del otro, tanteaban, acariciaban, avanzaban, retrocedían. Sus labios se buscaban con avidez, las lenguas se entrelazaban, jugaban. La ropa les quemaba, aun así se las fueron quitando muy despacio, prolongaban el deseo de sentir una contra otra la piel desnuda. Se alejaron unos centímetros, necesitaban verse, saber que ese momento era real y no otra de las tantas fantasías que habían ideado juntos. Finalmente se unieron en un largo, interminable abrazo, sintiéndose plenamente.

Luego sus manos volvieron a recorrerse con mayor destreza, sus bocas examinaban los cuerpos y distinguían texturas y sabores. Cuando el fuego que los consumía se volvió insaciable, se fundieron en uno. Hicieron el amor más de mil veces, con dulzura, con frenesí, con ternura, con pasión, con ansiedad, muy lentamente, con lujuria. Sus cuerpos ya no les pertenecían.

Europa seguía sonando incansable acompañándolos.

Nunca supo cómo regresó a su casa y a su vida.

El teléfono enmudeció. Se levantó de la alfombra y tuvo que ir a darse

una ducha, sabía que en cualquier momento podía llegar su marido.

Entre paréntesis

(Llueve, el agua cae por las ventanas con la misma monotonía con que trascurre mi vida, día tras día. "El hombre en busca de sentido " dice Victor Frankle ¿y la mujer? Busco un sentido que se me escapa, se escurre entre mis dedos como el agua de lluvia resbala por los vidrios. Pienso en el sinsentido de todo, en lo predecible, en lo prescindible que soy. La vida avanza, arremete sin pausa, sin detenerse, para que yo la interpele, para que la enfrente y le pregunte a boca de jarro ¿Para qué? Imposible, ella sigue rodando y yo sin respuestas. Trascender la cotidianeidad ¿cómo? ¿Dónde se esconden los colores del sentido en este cielo gris? ¿Debajo de cuántas capas de frondosas nubes impenetrables está el color? *Llueve, detrás de los cristales llueve y llueve* creo que es Serrat quien la canta, mi alma está nublada, mis ojos comienzan a llover agua salada que deja surcos en el maquillaje. Agua que limpia por dentro, que rellena las heridas, sin emoción, sólo limpiando. Sopla viento sur y las nubes compiten en una carrera hacia el río. Mis entrañas se sienten más livianas luego de la lluvia, sin el peso de la apatía. Suena el celular y escucho una voz que dice *¡Hola Má!* El cielo se abre, un rayo de sol se refleja en mis ojos y por lo menos una parte de mí encuentra su sentido)

Abanderadas

La escuela de monjas nos juntó en tercer grado. Marian iba a ese colegio desde el primero y a mí me habían trasladado de un establecimiento público para cursar jornada completa por necesidad de mis padres.

Fue conocernos y volvernos inseparables. A Marian le gustaba venir a casa después de clases y disfrutar las meriendas que preparaba mi abuela. "La abuelita que manda" la llamaba asombrada de que nos pusiera límites y nos mimara al mismo tiempo.

A mi me encantaba ir a su casa con sus hermanos y su mamá corriendo de un lado a otro que nos dejaba treparnos a los sillones y jugar tirados en el suelo.

Ambas vivíamos realidades muy diferentes, yo, hija única con padres que trabajaban todo el día y ella, la mayor de tres hermanos, pertenecía a una familia italiana que cuando se reunían, lo que sucedía todos los domingos, entre tíos y primos armaban una mesa de más de veinticinco. Mis domingos a lo sumo eran de cuatro.

Desde algún lugar cada una añoraba los privilegios que sentía que gozaba la otra. Yo soñaba con una familia numerosa y mesas grandes y chicos

jugando y corriendo por todos lados. Ella disfrutaba los domingos de almuerzos en restaurantes y cine y toda la atención que nos dispensaban sólo a nosotras.

Llegamos a séptimo grado y nuestros padres, porque a decir verdad ni ella ni yo opinamos demasiado, decidieron dónde cursaríamos el secundario. Para Marian no había siquiera que pensarlo, seguiría magisterio en la misma escuela. Mis padres optaron por enviarme a un comercial de prestigio que sería más útil en mi futura vida laboral.

Estábamos desconsoladas ¿cómo se atrevían a separarnos? En el fondo de mi corazón yo estaba contenta, ya no quería seguir con las monjas y su régimen educacional que sentía carcelario, anticuado e injusto.

A efectos de prepararme bien para aprobar el ingreso, los últimos meses del ciclo escolar fui a un profesor particular. Esto influyó en forma muy positiva en mi rendimiento escolar y al llegar las últimas semanas de clases tenía el mejor promedio de la división.

Pese a este hecho innegable, la hermana Natalia decidió que Marian fuera la abanderada en la fiesta de fin de año. Yo no cabía en mí de furia y lo peor era que ella no se había negado. En el recreo nos fuimos al baño para saldar nuestras diferencias. La encaré roja de ira: *¿Cómo no le dijiste a la monja que no es justo que seas la abanderada?*

¿Por qué te enojás si me eligió a mí si soy tu amiga?

Una palabra llevó a la otra y juro que no recuerdo quién de las dos dio la primera cachetada. Lo cierto es que una pegaba y la otra devolvía con más fuerza. Ninguna bajaba la mirada ni se permitió derramar una lágrima.

Chicas, chicas, viene la hermana Natalia, gritó alguien.

Salimos del baño con las caras enrojecidas, los ojos brillantes y un dolor inmenso en el alma. No nos hablamos nunca más. En nuestras casas no entendían que había pasado y por más que nos acribillaron a preguntas ninguna contó nada.

Llegó el día del festejo de fin de año. La hermana Natalia llamó a Marian, que sería la abanderada, a Alicia, la segunda escolta y a mí, primera escolta de la bandera. Cuando fue a colocarle la banda a Marian, ella con voz firme dijo*: No la quiero, no me corresponde, yo no fui el mejor promedio*. La miré con asombro y agradecimiento, creo que nunca la había querido y respetado tanto como en ese momento. Sentí el rencor en la mirada de la hermana Natalia y yo sólo negué con la cabeza.

Entramos al gran salón de actos, Alicia llevando la bandera y Marian y yo como escoltas tomadas de la mano. Escuchamos los aplausos del público y nos sentimos orgullosas de nuestra amistad.

Por algunos años continuamos siendo amigas y en una de esas charlas de café y confidencias me confesó que ella había dado la primera cachetada porque no entendía cómo podía abandonarla. A su vez yo le conté que mis doce años no sabían cómo explicarle y devolvía el golpe que me dolía aún más que el que recibía.

Luego la vida nos llevó por caminos diferentes. Sin embargo siento que si algún día volvemos a encontrarnos, nos tomaríamos de la mano como ese último día de clases para salir juntas al salón de actos.

El tapado de zorro

Esa noche teníamos entradas para ir al teatro. Te pedí que pasaras por casa un rato antes porque necesitaba que arreglaras la cerradura de una puerta del placard que se había roto.

Te sorprendió verme lista para salir con los zapatos de taco alto y el tapado de zorro puesto, arqueaste las cejas interrogante, una amplia sonrisa se dibujaba en mi rostro. Cuando la puerta se cerró detrás tuyo, me abrí el tapado dejando ver un conjunto de ropa interior de encaje negro y un portaligas que sostenía las medias de nylon.

Me tomaste de la cintura y me acercaste para besarme. Sin separarnos un milímetro quedé apoyada contra la pared mientras tironeábamos para sacarte el sobretodo, el saco y la camisa. Tus zapatos se perdieron camino al sofá. Las manos, las piernas y las bocas jugaban mutuamente y la piel se nos erizaba al contacto con esa otra piel que nos acariciaba inconsciente movilizando todo nuestro erotismo.

El zorro se volvió un participe involuntario de nuestro deseo, se tendió sobre la alfombra y recibió nuestros cuerpos desnudos que rodaban, se curvaban sobre él, sentíamos el calor del roce entre los tres frotándonos unos con otros, jadeos, suspiros voluptuosos y el feroz zarpazo final que nos sacudió. Quedamos tendidos, rendidos y gozosos.

Nos vestimos para ir al teatro. Decidí llevar mi tapado de paño, el de zorro se quedó en la alfombra esperando nuestro regreso.

Ta ta tá

Saltó de la cama, después de ducharse, se vistió con su traje sastre arena, una blusa estampada y se calzò unos zapatos elegantes y cómodos. Partiò del departamento para enfrentar el día. Desayunó en el café de la esquina donde el dueño la esperaba con un cortado americano y

una medialuna. Hojeó el diario y apuró el paso.

El trabajo le resultó tan aburrido como de costumbre, siempre los mismos informes, siempre la misma rutina. Lo soportaba por dos motivos: le pagaban bien y le permitían arreglar los horarios para disfrutar su pasión, el baile.

Esa tarde irìa a su tan amada clase de salsa. Viajó apretada como ganado. El colectivo frenaba y arrancaba en ciclos rítmicos de tres minutos. Se sentía agobiada por el calor intenso del interior del vehículo. Apenas podía respirar.

A pesar de todo, llegó radiante, con una sonrisa que iluminaba sus ojos. Se cambió los zapatos por unas sandalias doradas y recogiéndose el cabello en un rodete saludó a los compañeros. Se entregó con dulzura y placer a las melodías que se enlazaban una tras otra. Mi tierra, Guantanamera, Quiero bailar junto, ta,ta,tá… ta,ta,tá…, la profesora marcaba el compás. Se perdía en la música que tenía el poder de transportarla a mundos lejanos, a su mundo lejano, tan distante y tan inalcanzable.

Despertó sobresaltada por el ruido de la puerta de calle que se cerró tras el esposo que iba a trabajar. Refregándose los ojos para acostumbrarse a la penumbra de la habitación, vio al costado de su cama la silla de ruedas. Y las lágrimas rodaron por sus mejillas al ritmo del ta, ta, tá que sonaba en la radio.

¿Todo bien?

La angustia me ahoga, me siento desbordada y a punto de estallar. El dique que contiene el torrente de emociones se está resquebrajando y me asusta. Tengo miedo del estallido cuando rebalse y de su fuerza destructora cuando lo haga. Si me dejara llevar por la furia irrumpiría como un oleaje sin piedad contra todo.

No puedo y no quiero ver la realidad que me duele más que el desasosiego de la duda, de los tal vez. Sigo con la venda tapándome los ojos, espío por debajo y vuelvo a la oscuridad que al menos por conocida es tolerable. ¡Cómo cuesta seguir ocultándola! Se asemeja a un elefante que se asoma por la mirilla de la puerta y empuja para abrirla y yo para cerrarla. Me da fuerzas el miedo a enfrentarla. Los ojos se bañan en agua que pugna por no salir y se desmadra para adentro, se alquimiza en angustiante tristeza. Duele como un puñal clavado en el pecho, una estaca filosa que oprime el paso del aire, y sin embargo al sacarla dejaría brotar un manantial de horror y moriría lívida y vacía de vida. Entonces que se quede clavada aunque duela.

¿Cuánto tiempo más podré permanecer así? Me lo pregunto sin saber la respuesta. Cualquier sacrificio es mejor que enfrentar finalmente la terrible verdad: tu mentira, inventaste un mundo de fantasía que creí por necesidad y te ayudé a sostener.

Ya no tengo fuerzas, la realidad me aplasta, no puedo evadirla ni barrerla debajo de la alfombra. Vos ya sabés que yo sé y te hacés el distraído.

¿Cuánto tiempo más podré seguir fingiendo? Hoy mi ser interior está roto, mi cuerpo es una caja que contiene trocitos dispersos que no sé cómo armar.

Esta noche pasará como tantas otras haciendo como que nos creemos.

Una de estos días el dique por fin cederá, el agua desbordará y tal vez ambos nos ahoguemos en la tempestad.

Y quién sabe, a lo mejor aprendemos a renacer en la verdad.

Abrís la puerta, me saludás y preguntás *¿Todo Bien?*

Todo bien, respondo con una mueca que imita una sonrisa mientras adentro se agita la tormenta.

Los fuegos

Se encendió la fogata. Me quedo mirando extasiado cómo crepitan las llamas, cómo suben y bajan en una danza rítmica. El fuego me apresa en su juego de calor y color. Siento el olor del eucalipto que inunda la noche mientras las estrellas se asoman entre las nubes de una oscuridad calma, armoniosa y plácida.

Al mismo tiempo el contraste de otro fuego me atrapa. Uno que arde con furia y cuyas llamas bailan una danza frenética peleando por escapar, por respirar el oxígeno que las alimenta, que las aviva hasta volverse incontrolables. Un momento eterno y arrollador me ahoga y desencadena en mí una escalada que pareciera imposible de frenar. Este otro fuego me espanta, me atormenta. Mi rostro enrojece, mis ojos brillan encendidos. Permanezco inmóvil sintiendo cómo me arrasa y devora. Fuego contenido desde hace tanto tiempo que ya ni recuerdo, retenido por temor a la imposibilidad del retorno, por terror a la explosión, al descontrol, al delirio.

El cielo se cubre de nubes, el viento y el fuego entablan una lucha feroz. Súbitamente una lluvia intensa y fría cae implacable, se oyen los truenos y los relámpagos encienden la noche. El frío del agua choca con mi cuerpo hirviendo y me alivia. Me estremezco por el contraste. La fogata se va extinguiendo bajo el agua. Lentamente recupero el control, mientras los

fuegos se apagan. Una vez más puedo dominarlo y escapar de la locura.

Ojos dorados

A Mariana no le gustaban los felinos. No supo bien por qué lo dejó entrar esa noche que la había seguido hasta la puerta de su casa. Hacía frío, se estaba por largar una tormenta de órdago, sintió pena y le permitió ingresar al departamento.

Le dio algo de comer y él buscó un lugar donde echarse a descansar. Ambos se mantenían a una prudente distancia física y emocional, casi se ignoraban y cada uno continuaba con su vida independiente.

Mariana estudiaba concienzudamente la situación de cada grupo familiar que había visitado en la Villa Mitre un lugar perdido en la alta montaña de Salta. Su trabajo consistía en seleccionar cual sería el afortunado que obtendría el premio que otorgaba cada año la Fundación para la que trabajaba.

Como asistente social conocía muchas personas que ni siquiera podían cubrir las necesidades básicas, familias sin techo, niños que jamás tendrían oportunidad de salir adelante y trascender el destino impuesto simplemente por haber nacido de esos padres y no de otros.

¿Cómo elegirlos? Había tantos factores en juego a considerar. Ella no quería ser la responsable de señalar a quien le tocaba la posibilidad de mejorar la vida y quienes quedarían atrás con sus miserias, las esperanzas hechas trizas, el resentimiento y el rencor de no haber salido ganadores.

Esa tarde la vida le pesaba como un día nublado con presión baja, la empujaba al fondo impidiéndole asomar la cabeza.

Levantó la vista del expediente y sintió los ojos amarillos, grandes y penetrante que la escudriñaba desde la repisa de la cocina. Descubrió en el animal los rostros de todos a quienes no había escogido

Muchas veces se había encontrado pensando en la realidad de ese animal (ni siquiera le había buscado un nombre y lo llamaba simplemente "gato"). Tenía celos de la vida que disfrutaba sin necesidad de salir a tomar decisiones. Mariana le preparaba la comida, lo llevaba al veterinario y al llegar cansada de regreso, siempre lo encontraba echado en el mejor lugar de la casa, invierno y verano, indiferente a todo, incluso a su dueña, si es que le cabía el mote. La invadió un sentimiento de envidia atroz.

Le extrañó que le estuviera prestando especial atención, supuso que percibía su vacío y desolación. Se levantó de la silla, se dirigió al dormitorio en busca de un pañuelo. El gato la siguió sigilosamente, los

pelos de la nuca erizados. Se estudiaron un momento fijas las miradas de uno y otra. Mariana supo que era una batalla que tenía perdida aún antes de comenzar.

Se tendió en la cama y el gato a su lado comenzando a lamerle las piernas, las manos, se acomodó y sembró su aliento en el rostro de Mariana.

El novio la esperaba en el restaurante. Ella entró con pasos, largos, sensuales y cadenciosos.

¿Estás usando lentes de contacto? Tenés los ojos dorados.

Mariana ronroneó, se acomodó a su lado y empujó la mano para que le acaricie la cabeza.

Amor adolescente

Cierro los ojos y te veo como ese primer día de clases, una calza ajustada, una remera que dejaba como al descuido un hombro al descubierto, el cabello recogido con una peineta y ese desparpajo que siempre te acompaña.

Te fiché en ese instante, igual que el resto de los varones que te miraban embobados, como unos imbéciles.

Los abro y me pregunto, *dónde estás.*

Vuelvo a cerrarlos y revivo tu sonrisa naturalmente seductora. Recuerdo la noche que llegaste deslumbrante a la fiesta, la espalda sólo cubierta por tu larga cabellera dorada y el pantalón adherido al cuerpo. Hombres y mujeres voltearon la cabeza para admirarte.

Te acercaste a la barra a saludarme. Sentí la envidia sin disimulo del resto de los invitados. Apoyaste tu mano blanca satinada sobre la mía morena y curtida; imaginé cómo se verían nuestros cuerpos juntos, desnudos y me excité.

Esa noche supiste con certeza, sin la menor sombra de duda, que me tenías a tu merced.

La luz que entra por la ventana pinta el cuarto con el color nostálgico del atardecer, casi no se ve, me niego a encender la luz.

Revivo en mi mente cada uno de nuestros encuentros. Busco un indicio. Te vuelvo a ver junto a mí, caminando de la mano por Palermo entusiasmada con las vidrieras, rememoro las noches de picadas y cerveza. Recupero el fin de semana en la costa haciendo el amor hasta

que nuestros cuerpos jóvenes cayeron agotados. Reanudo mis largas conversaciones, tus risas, mis ilusiones, tus caricias, nuestras pasiones.

¿Cuánto tiempo pasó? ¿Una semana? ¿Un mes? ¿Un año?

Estás cruzando Plaza Dorrego del brazo de alguien, se ríen, suben a un auto y parten.

Me hundo en el sofá que se va tiñendo de rojo con la sangre que brota de la herida que abrió el puñal que me clavaste por la espalda.

Los miedos

Debo reconocer que soy más miedosa de lo que creía, pensaba Virginia mientras viajaba en el colectivo 60 que la llevaba hasta San Isidro. Tenía un largo viaje por delante y dejó liberada su mente saltando de un pensamiento a otro hasta el momento en que casi chocan con otro colectivo en la esquina de Ayacucho y Santa Fé.

Este simple hecho la hizo pensar en qué pasaría si se lesionara en un accidente, sólo imaginarlo le produjo un nudo en el estómago.

¿De dónde le venía este temor? Ella que siempre había sido tan arriesgada, tan de tomar el toro por las astas y arremeter a como dé lugar.

Hizo una retrospectiva a las decisiones más importantes que había tomado a lo largo de su vida. ¡Cuántas equivocaciones!

Se casó muy joven para huir de su casa a sabiendas de que Luis no era el hombre de sus sueños. El matrimonio duró lo que un carnaval. Ella tomó la decisión de separarse ¿se había equivocado también en eso? Hoy, cuarenta años después creía que sí, que hubiera valido la pena sacarlo adelante.

Luego vinieron una sucesión de parejas, (ahora a muchas ni recordaba por qué las había elegido). ¿O era que ellos la eligieron y ella simplemente aceptó?

Su historia laboral no fue muy diferente, después de una seguidilla de cambios, pasó de grandes empresas y pymes, a independizarse y probar suerte arriesgando todo su capital en pos de lo que hoy se daba perfecta cuenta que había sido una quimera, una ilusión, una estafa económica, pero más que nada un gran golpe a su credulidad y discernimiento. Sabía que era una mujer inteligente ¿cómo pudo dejarse engañar de esa forma tan burda y ruin?

Luego tuvo que volver con la cabeza gacha, una mano atrás y otra adelante y el ego herido a trabajar comenzando casi de cero, agradecida de tener con qué llevar el pan a la mesa.

Pensaba que las únicas decisiones que había tomado segura de sí misma y de las que jamás se arrepentiría, fueron las de tener a sus hijos. Estaba orgullosa de ellos.

Su mente viajaba en el tiempo adelante y atrás sin orden, recordaba pequeños momentos felices como el día que bailó tango con su papá y todos hicieron ronda y los dejaron solos y aplaudieron al final. O esa otra en que recibió un premio en un certamen de cartas de amor.

¿Cómo no tener miedo con tantas experiencias dolorosas, con tantas decisiones mal tomadas, con tantos imprevistos que aparecen, te descolocan y te dejan patas para arriba? Y sin embargo había llegado hasta acá, de algún modo un impulso interior la había sostenido y hubo personas que la apoyaron. Algunas siguen acompañándola, otras fueron sólo una etapa, ese momento justo en que las necesitó (ángeles en la tierra como hubiera dicho su abuela)

Se dio cuenta que el miedo principal era a no tener la fuerza para continuar y salir adelante. Ya no era tan joven, carecía de la inocencia de los veinte, o las agallas de los treinta, tampoco la entereza para tomar riesgos y aceptar las consecuencias de los cuarenta o los cincuenta.

Señora, llegamos al final del recorrido, le anunció el chofer.

Se bajó y caminó por esas calles tranquilas con casas imponentes rodeadas de jardines. Pasó frente a una pequeña capilla y sintió la imperiosa necesidad de entrar. Encontró un lugar muy despojado, se arrodilló frente al altar y con toda su alma pidió fortaleza y templanza. Respiró profundamente varias veces.

Salió con la certeza de que no estaba sola y sucediera lo que sucediera ella lo sobrellevaría y triunfaría a pesar de sus miedos.

Malas decisiones

Se sentó en un banco en la estación Carranza de la línea D, escuchó que llegaba el subte, se acercó al borde del andén y asomó la cabeza, vio las luces encendidas del primer vagón que avanzaban.

¿Cómo llegué hasta acá? se preguntó. Nunca había querido mentirle a su esposa ni a su familia política, ni siquiera sabía por qué tuvo necesidad de alardear sobre sus viajes y su situación económica antes del tristemente famoso 2001. No hacía falta, lo sabía, sin embargo no sólo lo hizo, sino

que exageró un poco las cosas.

Debe haber sido porque en ese momento su situación era tan precaria que necesitaba justificarse, dar alguna razón de cuánto había perdido. Luego una cosa llevó a la otra y no tuvo vuelta atrás. Quedó como un próspero inversionista muy calificado que cayó en la volteada como tantos otros con la política económica de Domingo Cavallo.

Cuando su cuñado le dijo que tenía unos ahorros para invertir, que deseaba dárselos para que los trabajara con su experiencia y sus contactos, no supo cómo zafar, como esquivar la responsabilidad. Pese a sus firmes negativas y su empeño en desilusionarlo con mil argumentos, la familia insistía en que no fuera modesto, que iban a estar agradecidos por siempre y él se perdió en sus propias explicaciones.

El primer año pasó explicando que siempre era así, que las inversiones tienen altas y bajas, que el mercado cambiario es inestable y hay que darle tiempo, que hace falta generar confianza para obtener información calificada.

Tranquilo cuñado, toda la familia confía en vos con los ojos cerrados.

Debido a su inexperiencia y falta de conocimientos comenzó a generar deudas y fue destapando agujeros para tapar otros. Pidió un préstamo personal en un banco, que no pudo cancelar, sacó adelantos con sus tarjetas de créditos para achicar la deuda con el banco.

Se sentía como si estuviera jugando en la ruleta y el croupier nunca le cantara el número al que él apostaba. La desesperación no es buena consejera. Bajo presión, acorralado por los bancos, no encontró otra salida que cambiar cheques con un prestamista. Fue su peor opción.

Cuando llegó la fecha de vencimiento de los cheques y no tuvo forma de cubrirlos, el prestamista le envió un par de empleados a cobrar que le advirtieron que si no pagaba a término lo iba a lamentar.

Lo peor era que su mujer, su cuñado y el resto de su familia política, se mantenían en total ignorancia de la situación. Casi nunca se tocaba el tema del dinero y cuando eventualmente salía a relucir en alguna reunión social, el cuñado guiñaba un ojo y decía: *hay que confiar en el que sabe, que no revela sus fuentes ni sus secretos.*

Se sentía una basura, prefería pasar por cualquier humillación antes que enfrentar a su mujer y su cuñado y admitir que les había mentido, ahora, y antes. No podía confesarles que nunca había sido un ejecutivo exitoso, que sus viajes los había hecho como chofer de confianza de un alto funcionario y que ni siquiera había tenido la astucia de prestar atención a los datos que hubiera podido escuchar de su jefe para invertir su dinero.

Que siempre había tomado malas decisiones y nunca supo dar la cara.

Retrocedió hasta el banco de la estación del subte D donde había estado sentado, dejó el maletín a un costado y volvió al borde del andén.

Muñeca de trapo

Ella era una gran luchadora. A lo largo de su vida se había caído y levantado , incluso con más fuerza, tantas veces como fue necesario. Desconocía el significado de darse por vencida. ¿Terca? ¿Empecinada? Puede ser, estaba decidida a dar batalla a todo lo que se presentara.

No le había resultado fácil, hubo momentos en que quiso patear el tablero y abandonar todo, sin embargo una fuerza interna le repetía, *vos podés, sos fuerte, vas a salir adelante*. Entonces se sacudía la desazón, se daba aliento a sí misma y volvía al campo de batalla.

Pasó por situaciones dolorosas y complicadas. Se divorció después de unos pocos años de matrimonio infeliz y se hizo cargo de la casa y de las hijas. Sostuvo parejas que se colgaron de la solidez de su pollera sin aportar demasiado. Necesitó operarse de la vista, el cirujano le advirtió que no recuperaría la visión al ciento por ciento, ella lo superó con entereza.

En el terreno laboral, no había tenido mejor fortuna. Renunció a un par de empleos en busca de mejores oportunidades profesionales; la despidieron de una empresa que luego quebró. Fue emprendedora e instaló su propio negocio. Compró fondos de comercio en decadencia para levantarlos a fuerza de trabajo y tesón y los vendió con buenas ganancias.

Por eso hoy no sabía explicar qué le pasaba, por qué sentía un cansancio inmenso y no daba más. No podía sobreponerse del último fracaso comercial. ¿Era eso tan grave como para explicar su total agotamiento? No lo creía.

Se resintió la cadera y le implantaron una prótesis. Mientras permanecía en reposo, pensó que ya no tenía fuerzas ni ganas para volver a levantarse.

La kinesióloga le hacía hacer ejercicios diferentes, probaba con distintas técnicas, pero ella no avanzaba en la recuperación, le resultaba imposible mantenerse de pie. Debido a que pasaba todo el tiempo en cama, tuvo otras complicaciones, se le engrosó la sangre, los huesos se fueron debilitando y perdió el apetito. Su cuerpo se consumía poco a poco hasta quedar sólo piel y huesos.

Todos estaban asombrados, no podían creer que una mujer con sus

características se abandonara hasta llegar a ese estado deplorable.

Ella oía sin escuchar los comentarios, los argumentos que esgrimían para que sacara fuerzas y voluntad para salir adelante. ¿Cómo no entendían que estaba exhausta? ¿Cómo no se daban cuenta que su cabeza y su corazón ya no aceptaban darle órdenes a ese cuerpo que se degradaba en forma acelerada? ¿Cómo no comprendían?

Las pocas veces que se miraba en el espejo se desconocía, no quería reconocerse, prefería recordarse como antaño joven y vital. Permanecía a oscuras recostada en silencio. No había tratamiento ni terapia que funcionara con su desamparo. Advertía el movimiento del entorno que hacía todo lo posible por sacarla a flote, médicos, psicólogos, terapeutas que le hablaban, le hacían tomar medicamentos, le inyectaban drogas mágicas. Quería gritarles que parasen con todo, que la dejasen tranquila, que únicamente deseaba estar en calma.

La internaron por desnutrición, le dieron suero, la movían de acá para allá como a una muñeca de trapo.

Por fin una madrugada no se despertó y de nuevo volvió a sentirse bien, con fuerzas, renovada y recuperada. Sabía que de ahora en más descansaría en paz para siempre.

Estafas

El cuarto del hotel donde lo habían trasladado era sencillo y confortable. Los custodios que lo protegían se alternaban de dos en dos en turnos de seis horas cada uno. Parcos y distantes hablaban sólo lo necesario.

Luego de ducharse se tendió en la cama y encendió el televisor para enterarse de las últimas noticias. No se hablaba de otra cosa que del desfalco al banco. El mundo financiero se encontraba convulsionado por la inteligencia y audacia del hacker que había transferido cien millones de dólares a una cuenta privada en uno de los paraísos fiscales más reconocidos, las Islas Caimán.

Todos hablan del dinero, es lo único que les interesa. Les pegué donde más les duele. No pueden comprender qué me impulsó a hacerlo. El tiempo y esfuerzo, las horas invertidas frente a la computadora hasta lograr el acceso, la planificación minuciosa. Este proyecto tomó años de mi vida, finalmente obtuve el resultado deseado.

Nunca van a recuperar el dinero, eso lo deberían tener bien en claro. Lo dispuse de tal forma que durante los próximos diez años les será enviado un millón a diez instituciones de niños carenciados en los países más necesitados de este mundo indiferente. No considero justo, bajo ningún concepto, que un banco se enriquezca mientras miles de niños mueren de

hambre. ¡Una estafa más, cruel y sin castigo!. Sé que no pude ayudarlos a todos, pero cómo dice la fábula del pequeño que recogía estrellas de mar en la playa y las devolvía al agua, si una sola logra salvarse, se habrá justificado la labor. Y con ese dinero va a salvarse más de uno.

La gente me bautizó El Robin Hood informático, sienten que al menos alguien se jugó por equilibrar las desigualdades tremendas que sufrimos.

Este mundo insensible no puede concebirlo, creen que tengo el botín bien escondido para cuando salga de prisión, si es que algún día llega la libertad.

La fiscal me ofrece un trato a cambio de que revele cómo les robé en sus propias narices sin que se dieran cuenta. Jamás voy a hacerlo.

La Central de Inteligencia vino a buscarme para que trabaje para ellos. ¡Cómo si fueran mejores que los empresarios! ¡Cómo si a ellos les importara el pueblo! Seguro que quieren que robe para la Corona. Antes muerto.

Nunca soñé que se disputarían mis conocimientos. Ahora resulta que me convertí en una persona de riesgo y me tienen acá custodiado las veinticuatro horas, hasta decidir qué les conviene, mientras buscan pruebas y evidencia (que no encontrarán jamás). En honor a la verdad preferirían que desaparezca de la faz de la Tierra, es lo más seguro para todos.

Apagó el televisor y se dispuso a dormir, quería estar descansado y preparado para los interrogatorios.

Los diarios oficialistas al día siguiente titularon: El Robin Hood informático "se suicidó"

Nunca es tarde

A Leticia le encantaba recibir visitas en la gran casa de Adrogué, una quinta que había habitado con su esposo y sus cuatro hijos y que hoy resultaba demasiado grande para ella y su perra.

Cuando su hijo mayor le avisó que allí haría un asado con sus amigos, se sintió feliz de que esas paredes silenciosas volvieran a escuchar risas.

Desde que su ex esposo decidiera pedirle el divorcio para irse con la secretaria, hacía ya diez años (lo pensaba y sonreía frente al cliché) se había dedicado de lleno a los hijos.

Cuando la menor eligió irse a vivir sola, Leticia se encontró perdida, sus

días eran una sucesión de imágenes repetidas y aburridas.

Si bien había incursionado en alguna relación pasajera, nunca logró ilusionarse con un nuevo comienzo a pesar de que sus amigas le decían que aún era una mujer atractiva e interesante. Hoy alcanzaba a ver el paso del tiempo reflejado en su cara y su cuerpo. Se sentía una persona mayor cuyo destino sería cuidar a los nietos y reunirse a tomar café con otras señoras que formaban parte del paisaje de tantas confiterías.

Que sus hijos vinieran cuando quisieran y con quien quisieran, ella estaba contenta de recibirlos.

Se levantó temprano y fue hasta el supermercado a buscar verduras y frutas frescas, pasó por la panadería para conseguir las figacitas de manteca que tanto le gustaban para hacer choripanes, y aprovechó a comprar una torta para acompañar el café. Su hijo se encargaría de la carne y la bebida.

Al regreso, guardó todo en la heladera y se dedicó a acomodar los ambientes para recibirlos. El jardín era su lugar favorito donde se permitía volar con la imaginación mientras cortaba el césped y sembraba plantines con flores de colores. Pasó el barrefondo por la piscina, que descontaba sería utilizada por los invitados.

Su hijo llegó al atardecer con una banda de doce amigos entre hombres y mujeres que enseguida se adueñaron del lugar. *Vos quédate tranquila que nosotros nos ocupamos de todo.* Ella hubiera querido negarse, pero se contuvo al ver el ejército de gente que pululaba por su cocina.

Se dirigió al jardín, se tendió en una reposera e intentó distraerse con una revista a pesar de la música que sonaba a todo volumen. El fuego que crepitaba en la parrilla la atrapó y le recordó lejanos tiempos de pasión cuando recién se había casado. Se detuvo a observar a los invitados que no conocía, le llamó la atención un muchacho español que había venido a Buenos Aires a hacer un postgrado y que según le habían dicho, al día siguiente regresaba a España. Era reservado y se notaba la falta de familiaridad en su trato con el resto. El galleguito era alto y simpático y todas las damas presentes se desvivían en atenciones pendientes de sus gustos y deseos.

Los tragos que habían bebido sin conciencia del efecto en sus estómagos vacíos, habían logrado ponerlos a todos más alegres que lo habitual. Leticia se sintió desubicada y decidió sumarse al festejo.

La noche transcurrió a un ritmo vertiginoso que ella apenas advirtió mareada por el alcohol. De lo que estaba segura era que no se trataba de

la velada que ella había imaginado.

Alrededor de las cuatro de la madrugada, su hijo le avisó que terminarían la noche en un boliche y le pidió si el galleguito podía quedarse a descansar ahí ya que el vuelo despegaría muy temprano por la mañana. Ella asintió, lo invitó a utilizar alguno de los cuartos de arriba y se ofreció a levantarse temprano y prepararle el desayuno.

Todos partieron. Se dio cuenta que no podía articular bien las palabras y apenas se sostenía en pie. Se metió en la piscina para despejarse, cerró los ojos y se quedó un momento recostada en el borde con el agua al cuello mientras su cabeza giraba sin detenerse y la luna apenas la iluminaba

No advirtió el movimiento del agua, sólo sintió un cuerpo junto a sí, los labios que buscaban los suyos y unas manos insolentes. No ofreció ninguna resistencia y permitió que el otro la guiara en su momento de placer.

El sol que entró por la rendija de la persiana le dio directo en la cara y la despertó. Tanteó con la mano la cama vacía. Se levantó apresurada y recorrió la casona absolutamente deshabitada.

Se preparó un gran tazón de café que tomó muy despacio mientras observaba el desorden en su cocina con una gran sonrisa dibujada en su rostro.

Recuperar la magia

La feria de los domingos de San Telmo es una visita obligada para todos los turistas que visitan Buenos Aires. Los puestos que se arman muy temprano exhiben objetos de otras épocas, cubiertos, manteles bordados, vajilla, floreros, sifones. Pareciera que nuestras abuelas y bisabuelas hubieran hecho una gran limpieza en sus casas y sacaran todo lo que ya no usan y realizaran aquello que los americanos llaman una venta de garaje.

Con estos puestos conviven los artistas callejeros que muestran sus obras, artesanos que se desviven por competir en originalidad y convencer a los paseantes que son artículos reales de la tradición de nuestras pampas.

Los locales instalados sobre la calle Defensa muestran auténticas antigüedades de gran valor, obras de arte exclusivas cuyo precio en dólares está muy lejos del alcance de la clase media porteña.

En las aceras, a lo largo de varias cuadras, se ubican cantores de tango, estatuas vivientes y parejas de bailarines que exhiben con orgullo los cortes y quebradas a los extranjeros y luego pasan la gorra, mejor dicho

el chambergo, para recibir la colaboración a voluntad y entregan tarjetas con los datos de las clases de tango y milonga que prometen al cabo de cuatro u ocho lecciones lucirse en sus lejanas tierras y ser la envidia de sus compatriotas.

Al caer la noche, los puestos se levantan y la Plaza Dorrego se cubre de mesas y sillas donde, invierno y verano, se sirve cerveza tirada con maníes y una picada bien argentina. En un costado, junto al pasaje Don Anselmo Aieta se arma una milonga que incorpora a bailarines avanzados, principiantes, nacionales y extranjeros.

Yo vivía a unas pocas cuadras de ese espectáculo dominguero y sin embargo parecía que el barrio pertenecía a otra ciudad. Los domingos me levantaba, desayunaba y leía el diario tranquila. Luego salía a perseguir la magia de perderme y confundirme en la multitud de la gran feria, que tan bien describirían las palabras de Discépolo: "ves llorar la biblia junto a un calefón".

Me gustaba pedir un par de porciones de muzzarella y comerlas de parado en la tradicional y viejísima esquina del pasaje Giuffra y Defensa. Nunca compré nada, sin embargo revolvía los puestos, me detenía a observar las pinturas de los artistas y a elogiar las artesanías genuinas.

Mientras se levantaban los puestos me acercaba a la iglesia de San Pedro Telmo, un monumento histórico digno de ser visitado, y me arrodillaba a pedir y agradecer en silencio.

Más tarde me sumaba a la milonga. Pese al piso áspero de la pista, me calzaba los zapatos de tango, que había cargado en un bolsito (bailar con zapatillas hubiera sido una afrenta para cualquier milonguero que se precie). Tandas de tango, milonga y valsesitos se sucedían y yo me anotaba en todas. Luego cansada, contenta y otra vez en zapatillas regresaba al departamento.

Hace muchos años que me mudé del barrio, transcurrieron largos inviernos y veranos sin que volviera a la feria. El domingo pasado unos amigos que llegaron de Brasil me pidieron que los acompañara. Quedaron encantados con el lugar, elogiaron lo pintoresco del espectáculo, lo maravilloso que es Buenos Aires.

Por un momento me detuve en medio de la acera en la esquina de Defensa y Humberto Primo y miré a los cuatro costados. Sentí que los puestos habían perdido su encanto, los artesanos me parecieron aburridos, los cantantes desentonaban y los bailarines ofrecían sólo un show for export. Ni siquiera la iglesia me proporcionó la misma paz de antaño y ya no bailo tango.

La feria de San Telmo mantiene vigente e inalterable su atractivo turístico.

Yo necesito recuperar mi magia.

Perdida

Ella sentía en sus vísceras el significado del desamparo: una niña pequeña aterrorizada parada en medio de la Av. 9 de Julio sin atreverse a llorar, mientras los colectivos y demás vehículos iban y venían por las calles contiguas y la gente caminaba acelerada pasando a su lado sin siquiera reparar en ella, como si formara parte del paisaje cotidiano.

Pese a ser una persona adulta se veía como una chiquilla totalmente perdida e indefensa. Quería gritar pero las palabras no salían de su boca, se movían en su interior y la ahogaban. Quería llorar pero las lágrimas no llegaban a los ojos y la inundaban de desazón interior.

Desconocía cómo había llegado hasta allí. Creía recordar haber salido corriendo del trabajo luego de una discusión acalorada con su jefe, que como siempre la desvalorizaba. Había llamado a su novio, que sin preguntarle qué le sucedía, la frenó con la frase tajante: *ahora no puedo, estoy trabajando en un asunto importante* y colgó. Marcó el número de su amiga y entró el contestador: *en este momento no te puedo atender, dejame tu mensaje y te llamo, c*ortó. Como último recurso intentó comunicarse con su terapeuta que estaba atendiendo a otro paciente: *comprendo, llamame más tarde y acordamos una sesión extra.*

El pánico le impedía moverse, razonar, respirar. Volvían las imágenes de sus padres que la reprendían*: pórtate bien y déjate de tonterías*, de su hermano que se reía y burlaba de sus pesadillas, de las maestras que le advertían que esa imaginación febril le traería problemas, y hasta de los amigos que la tomaban un poco en broma, un poco en serio.

Nadie comprendía que en su mundo las sombras eran reales, que los monstruos existían y la amenazaban, que los gnomos no podían salvarla y la magia del hada no funcionaba con ella, que las tinieblas la atraparían para devorarla y perderla en el gran cosmos.

Ninguno había entrado en ese planeta oscuro y atemorizante en el que ella vivía y del que sólo tenía permiso para retirarse por cortos períodos, pequeños recreos que compartía con ellos.

Se tomó la cabeza con ambas manos. Pidió en silencio que los fantasmas se alejaran, en cambio supo que la rodeaban en una ronda que se acercaba peligrosamente hasta meterse en su cuerpo, integrándose a su

sangre y fundiéndose en sus huesos.

Llegó la ambulancia del Same que la encontró desmayada en la Plaza de la República. Uno de los paramédicos la reconoció: *es una mina que cada tanto se escapa del psiquiátrico, dale un sedante y llevala para que la vuelvan a encerrar.*

Tendida en la camilla, escuchó la sirena y se tranquilizó, la nave nodriza había llegado a rescatarla. Volvió a sentirse segura y a salvo.

Si por lo menos….

Cuando se enteró que estaba embarazada, lo primero que se le cruzó por la mente fue: *¡Qué mal momento! ¿Con quién podré hablar para solucionarlo?* Sin embargo el futuro padre se opuso terminantemente a resolverlo de otra forma que no fuera teniendo el bebé.

Bueno, será así, pensó resignada*. Dios quiera que sea un Danielito, así cuando crece me puede ayudar. Este es un mundo de hombres donde las mujeres sólo podemos sobrevivir a expensas de ellos.*

Pero Dios no quiso y llegó Isabel.

Desde muy chica intuyó que su presencia generaba en su madre emociones encontradas. Por un lado era una linda nena, tranquila y educada que lucía los vestiditos de broderie y terciopelo que todos elogiaban. Por el otro, su mamá repetía a quien la escuchara que era sólo eso, una mujer en un mundo hostil al género.

Fue educada con mucha libertad e independencia. Su madre insistía que tenía dos alternativas en la vida: volverse una mosquita muerta obligada a ser ama de casa, atender críos y servir a un hombre, o casarse con un buen partido que la tuviera como a una reina, y por añadidura a ella también.

Su madre nunca había permitido que la atendiera una profesional, ni médicas, ni dentistas, ni abogadas. Las enfermeras eran una excepción, así como modistas y peinadoras, *aunque todos saben que los modistos y coiffeurs tienen más clase y creatividad*.

Isabel no entendía ese desprecio materno por lo femenino, le dolía profundamente y decidió probarle que ella era tan valiosa como cualquier hombre.

Antes de terminar el colegio secundario ya había comenzado a trabajar y a ganar su propio dinero. Estudió una carrera y trabajó en diferentes

empresas hasta que pudo abrir su estudio.

El padre falleció muy joven, la madre lloró un corto tiempo y se volvió a casar, le resultaba imposible pensarse sin un varón al lado.

Cada vez que la mamá le recordaba que a los hombres la vida les era más favorable, Isabel se esforzaba en hacerle entender que su condición de mujer no le impedía salir adelante y ser feliz.

Pese a esta postura tan confiada para el afuera, en su interior una voz repetía: *no tenés lo que hace falta para triunfar*.

Puso garra, esfuerzo y voluntad para alcanzar sus metas, sin embargo cuando se acercaba y parecía que el triunfo sería suyo, hacía un movimiento en falso y lo perdía. Era como si construyera castillos de arena muy cerca de la orilla y con la crecida del mar irremediablemente se destruían. Entonces se esforzaba el doble, pero la derrota siempre la alcanzaba.

Su vida transcurría en una hecatombe detrás de otra. En lo profesional, invariablemente surgía un colega que obtenía su puesto, su cliente, su dinero. Se unió a hombres débiles que debía apuntalar y sostener para sentirse al menos momentáneamente poderosa.

A lo largo de su vida Isabel escuchó el mismo latiguillo, *si por lo menos hubieras sido un Danielito, otro sería el cantar.* Nunca logró conformarla.

Cuando su mamá falleció se sintió totalmente perdida. Ella había creído que se sacaría un peso de encima, esa necesidad de aprobación que jamás había conseguido. Por el contrario se veía agobiada por no haber sido capaz de probarle su valía.

Ya no tenía sentido seguir batallando, había perdido y debía admitirlo, su vida se debatía en la mediocridad. A pesar de haber luchado a brazo partido para obtener un lugar destacado en lo profesional, no lo había logrado. Tampoco había sido lo suficientemente astuta para casarse con algún señor importante que le proporcionara status y estuviera pendiente de sus deseos. Lloró sin consuelo por su futuro intrascendente.

Mientras los ojos se inundaban y el pecho se oprimía sintió que su vida se había escurrido tratando de vivir como un varón y sin disfrutar su condición de mujer. Era hora de comenzar a hacerlo.

La petite mort

El Amor, así, con mayúsculas le había sido esquivo toda su vida, ella no quería conformarse con un amorío cualquiera. Deseaba un amor que la desviviera, que la volviera loca, que la tuviera pendiente día y noche.

Nada de mediatintas, ni tibiezas, quería pasiones desatadas.

Sus amigas se fueron poniendo de novias, se casaron con buenos hombres, formaron familias, matrimonios promedio, pensaba ella.

Eso no era lo que buscaba, si no algo extraordinario, un hombre que viviera para ella, que la adorara, su alma gemela. ¿Por qué debía contentarse con algo mediocre?

Mientras buscaba y esperaba, tejía sueños, volaba en alfombra mágica, descubría tierras extrañas. No iba a comprometer su vida con cualquiera para no estar sola, como tantas otras. Sabía que ese hombre especial existía y que su destino era encontrarlo.

Sintió el cuerpo ardiente apretado al suyo, los labios la buscaban, las manos la recorrían. Las piernas de él se entrelazaron en las suyas aprisionándola y el peso del cuerpo la hundió en el colchón. Se estremeció.

Volaba de fiebre, sus sobrinas nietas que estaban junto a su cama miraron al médico preocupadas, éste negó con la cabeza. Ella esbozó una sonrisa y falleció en paz.

Noche de milonga

Tímidamente Beatriz entró a la clase y se acercó a la profesora para averiguar costos, horarios y nivel de los alumnos.

¿Alguna vez tomaste clases de tango?

No

Quedate y participá sin cargo ni compromiso, es la clase de principiantes, si te gusta arreglamos.

Se sumó al grupo de hombres y mujeres que caminaban en círculo alrededor del salón respetando la consigna.

Vamos con el paso básico, por este lado las mujeres, por este otro los hombres. La profesora se colocó al frente del grupo de damas y con paciencia mostraba y contaba: *uno, dos, tres, cuatro, cruzo, cinco, seis, siete y ocho, junto nuevamente los pies.* Todas la imitaron moviéndose mientras contaban.

Por su parte los caballeros hacían lo propio con el ayudante, en espejo y al revés, cuando ellos avanzaban ellas retrocedían.

Se colocaron en parejas para practicar. *A ver qué nos sale,* dijo el compañero de turno mientras contaba, *uno, dos, tres, cuatro, cinco, tenés que cruzar los pies, seis, siete, ocho.*

Ella se sentía algo perdida, sólo había bailado con su papá cuando era chica y nunca había contado los pasos. Esta clase es muy profesional pensó y se anotó para seguir aprendiendo. *Fijate cómo te parás, hacé los pasos más largos, juntá las puntas de los zapatos en el cruce*, la corregían. Durante tres meses cada martes concurrió infaltable a recibir las lecciones.

Llegó diciembre y la profesora anunció que para finalizar el ciclo los llevaría a conocer una milonga. *¡Qué emoción! Por fin voy a poder disfrutar el clima y los códigos de una noche tanguera.*

Se preparó para la tan ansiada ocasión, pollera negra corta, una blusa con algo de brillo, más maquillaje del que usaba habitualmente, los zapatos de tango en un bolso y la ilusión en el corazón.

Tenían una mesa reservada para el grupo. Los ojos no alcanzaban para capturar lo que veía en el salón, caminatas sublimes, cortes y quebradas.

Estaba ansiosa y aterrada, ni Beatriz ni sus acompañantes se atrevían a salir a la pista. La profesora los animó a armar parejas y los alentó a levantarse. El compañero con quien tenía mayor confianza y práctica la empujó al centro. Se percibía paralizada, el cerebro no emitía órdenes para que el cuerpo se moviera, ni siquiera podía escuchar qué tango estaban tocando.

Dale, aflójate y acordate, uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete y ocho y volvemos al principio, sólo hacemos lo básico.

Se dio cuenta que comenzó a moverse y a contar, rendía un examen sin chances de aprobar. En su cabeza la voz de la profesora repetía, *pasos más largos, ponete más derecha*. Luego de los tres temas de rigor se sentaron aliviados. Prefirió quedarse en la mesa y recrearse con el espectáculo de las parejas que se deslizaban y disfrutaban la noche.

Le tocó el turno a una ronda de rock and roll, una sonrisa se dibujó en su cara y los pies se movían solos. Un joven de la mesa contigua se acercó y la invitó a acompañarlo. Se soltó por completo y segura de sí misma se conectó con el partenaire eventual y se divirtió con el encuentro. La sangre volvía a circular por su cuerpo y el alma había regresado para poseerla.

Nueva tanda de tango. Estaba decidida a permanecer observando cuando un señor mayor de traje impecable y zapatos de charol se aproximó y

muy serio le preguntó si tendría el gusto de bailar con él.

Este hombre está loco, pensó, *es uno de los milongueros que mejor baila.*

Muchas gracias, estoy aprendiendo, no quiero hacerle pasar un mal momento.

Señorita recién la vi bailando el rock con mi hijo, usted sabe dejarse llevar, permítame que lo haga con un tango.

Inútil resistirse, la tomó del talle y la acercó a la pista. *Sólo sé el paso básico y alguna figura simple*, tartamudeó mientras pensaba en contar los pasos sin equivocarse.

Usted no se preocupe, deje que yo la lleve. Se acomodó en los brazos del bailarín pensando *¡que sea lo que Dios quiera!*

Luego de los primeros acordes intuyó que esa persona sabía lo que hacía, se relajó y se entregó a las manos expertas que marcaban en su espalda los movimientos mientras ambos fluían en una danza espontánea y natural.

Cerró los ojos y regresó otra vez a los doce años, volvió al patio de su casa, a bailar con su papá y a revivir el abrazo al compás de los long plays de Troilo que sonaban en el Wincofón.

La hija del bosque

Ese año Pablo terminó el colegio secundario. Como ya era tradición, había realizado el viaje de egresados a Bariloche con sus compañeros para despedir esa etapa tan importante de su vida. En marzo comenzaría la Facultad y buscaría un empleo que le permitiera solventar sus gastos, aunque por el momento seguiría viviendo en la casa de sus padres.

Sin embargo sentía que necesitaba unos días en soledad consigo mismo, para procesar ese cambio en su vida que todavía no alcanzaba a digerir. Su tío le sugirió que se fuera unos días a la cabaña que poseía en el bosque de Villa Gesell, lejos del ruido del centro, donde podía estar en contacto con la naturaleza, descansar, pensar, y a tan sólo diez minutos de la calle principal y la playa por si extrañaba y necesitaba ver gente, conversar y hacer sociales.

A Pablo le pareció una excelente idea, no sabía bien por qué le pesaba la responsabilidad de lo que llamaba la vida adulta.

Pablo y su tío llegaron a la cabaña, ventilaron las habitaciones, limpiaron baño y cocina, armaron la cama y fueron al supermercado a comprar provisiones para toda la semana. Una vez que la alacena se encontró bien

abastecida y la casa lista, el tío se volvió a Buenos Aires con su auto, no sin antes hacer las recomendaciones del caso: *dejá todo en orden como lo encontraste, no te metás en líos, tené cuidado por la noche que es un lugar oscuro y alejado*.

Pablo asintió, preparó algo de cenar y se durmió, despertándose bien temprano decidió aprovechar el día. Luego de desayunar se dedicó a recorrer la zona.

Armó la mochila con una vianda y varias botellas de agua y comenzó a caminar rumbo al bosque con mucho cuidado. A medida que se internaba, quedaba maravillado frente a los imponentes árboles recortados contra el azul del cielo, el aroma profundo que penetraba en su cuerpo y el arrullo del mar que se escuchaba a lo lejos. El paraíso debe ser parecido a esto pensó. Tomó su almuerzo frugal en un claro, y se adormeció junto a un gran álamo.

Antes del anochecer, muy a su pesar, emprendió el regreso. Lo distrajo una sombra blanca que sintió, más que vio, asomarse por detrás de un pino. Giró la cabeza en busca de no sabía qué, esperó un momento y al no divisar nada, pensó que había sido su imaginación. Continuó su camino y a los pocos metros tuvo el mismo sentimiento. En esta oportunidad al voltear alcanzó a ver el borde de un vestido blanco que se ocultaba. *¡Hola!* dijo en voz alta - *¿Hay alguien ahí?*

Silencio. Retrocedió unos pasos y permaneció inmóvil como un tigre a la espera de su presa. Ella se dejó ver unos segundos y se desvaneció en el paisaje.

Pablo se quedó atónito, había tenido la visión más increíble de su vida. A pesar de que sólo había durado unos segundos, quedó grabada en sus retinas. Era la joven más bella que él jamás hubiera siquiera soñado, de largos cabellos dorados, con la mirada más tierna del mundo, que le sonreía en señal de saludo precisamente a él.

Cuando pudo salir de su estupor se decía una y otra vez: *cómo no me acerqué, cómo no le hablé, cómo la dejé ir.*

Regresó a la cabaña corriendo. No pudo pegar un ojo en toda la noche. Se preguntaba si la visión había sido real o el sol le había jugado una mala pasada subyugado como estaba por ese lugar encantado.

A la mañana siguiente fue hasta la estación de servicio en busca de información sobre la misteriosa joven. Nadie la conocía ni sabía de su existencia. . *El bosque es una reserva natural que se conserva intacta y nadie vive en esa zona*, era la respuesta unánime que obtenía.

Por la tarde volvió a aventurarse hasta el mismo lugar con la esperanza de encontrarla. Pasó horas sentado en el claro con la sola compañía de una botella de agua. Cansado, enojado consigo mismo se levantó para emprender la vuelta y olvidarse del tema.

Había desandado unos metros cuando escuchó el roce del vestido en las hojas. Se volvió enardecido, la imagen de la tarde anterior se presentaba aún más bella y real. Quiso acercarse y ella se ocultó. Entendió el mensaje, debía permanecer inmóvil, ella se presentó unos segundos y luego desapareció en el bosque.

Pablo comenzó a investigar en el pueblo con obstinada obsesión sin obtener ninguna información válida. . Algo avergonzado le comentó su inquietud a la casera de su tío. Esta lo miró espantada mientras se santiguaba*: nunca debe volver a ese lugar, es la hija del bosque que elije jóvenes inocentes para devorarlos*. Pablo no se rio por respeto, le agradeció el consejo y se retiró.

Al día siguiente regresó al bosque y al otro y al otro durante toda la semana. La última tarde, antes de su retorno a Buenos Aires, sería la única oportunidad que tendría de ver a su amada, como la llamaba en secreto, por lo que decidió jugarse el todo por el todo. La esperó como siempre en el claro del bosque. Cuando apareció se quedó en silencio y lentamente levantó una mano tendiéndosela a ella que se acercó y la tomó entre la suya.

Ni bien las manos se unieron, Pablo y la muerte se desvanecieron en el paisaje.

Adicción

Desde pequeña había intuido el poder de los sonidos. Se daba cuenta que si berreaba podía conseguir lo que buscaba. Sin embargo, si exageraba, le valía un reto y se quedaba sin nada.

Cuando logró articular las primeras palabras, su familia comentaba con orgullo ya dice papa, mamá, upa.

Criada entre adultos que le hablaban todo el tiempo aprendió rápido un nutrido vocabulario. Escuchaba las historias que le contaban en su casa y ni bien aprendió a leer, su pasatiempo favorito era sentarse en algún lugar tranquilo con un libro o una pila de revistas de comics que devoraba con avidez.

Sus amigas y compañeras de clase no entendían por qué se apartaba de los juegos tradicionales, mancha, vóley, escondidas, para aislarse en su

mundo de fantasías.

La tía Titona le regaló para su cumpleaños número trece un diario que llevaba indefectiblemente consigo para volcar sus experiencias. No permitía que ninguna persona leyera sus escritos.

Cuando juntó coraje para mostrarle a la profesora de literatura unos textos, la opinión fue lapidaria: "relatos intensos sin mérito literario".

Se convenció que lo que imaginaba no tenía sentido ni originalidad y que era decididamente mediocre. Optó por abandonar la escritura. Buscó una carrera profesional que necesitaba habilidad con los números y se recibió de contadora.

Las pocas veces que tomaba un papel en blanco y retrataba lo que salía de sus entrañas, lo leía y lo destruía avergonzada por la baja calidad, coherencia o vuelo intelectual. Nunca abandonó su amor por la lectura, pero encerró bajo siete llaves en el último cajón de su vida el placer de la escritura.

Se había convertido en una persona introvertida, triste y poco comunicativa, encerrada en sí misma. El entorno familiar la veía desmejorar y apagarse. La médica clínica la envió a terapia y le diagnosticaron depresión.

¿Cómo saldría de ese estado? Se preguntaba incesantemente. No deseaba tomar medicinas que pudieran convertirse en adictivas. La psicóloga le sugirió que escribiera un diario y volcara todo lo que sentía, sus humores, miedos, deseos.

Lo primero que se le cruzó por la mente fue que lo haría pésimo y no sabría trasmitir las emociones en un papel. Le costó bastante sesiones aceptar que surgiera lo que surgiera era imposible que estuviera mal. Cuando leyó sus primeras anotaciones se sintió extraña, pero no las tiró.

Cada día iba vertiendo sus sentimientos, inquietudes, circunstancias que la entristecían, atemorizaban o alegraban. Lentamente se fue recuperando y comenzó a sentirse mejor con más vitalidad de la que había experimentado en toda su vida.

Se descubrió habitada por infinitas palabras que pugnaban por agruparse y salir a imprimirse en el papel. Cuantas más palabras escribía más se reproducían en su interior, convertidas en una fuente inagotable, una fuerza que la empujaba a vivir, a florecer, a vaciarse y llenarse tantas veces como historias quería contar.

La mujer en el espejo

¿Quién es esa extraña que me mira como si me conociera?

Me sonríe, le devuelvo la sonrisa por cortesía. Tiene un aire conocido y familiar, debe haber sido una mujer interesante en su juventud.

Me alejo y ella me imita, tiene una leve renguera casi imperceptible en su pierna izquierda, hay que prestar mucha atención para detectarla, lo que pasa es que quedé obsesionada con mi fractura de peroné y aunque todos me dicen que estoy de diez, me doy cuenta que no, que estaré tal vez de ocho, entonces mi vista está entrenada para ver esos detalles.

Tiene cuerpo de señora, le sobran unos kilos y se nota que le faltan horas de gimnasio. A mí nunca me gustó ir al gimnasio, debe ser porque siempre fui muy mala en educación física, zafaba con algún certificado médico. ¡Por lo menos el asma me sirvió para algo!

Las arruguitas alrededor de los labios, las marcas de expresión en la frente y la flaccidez en el contorno del rostro, denotan que no pasó por el quirófano. Ojo, yo tampoco, me asusta, tuve que ir dos veces por necesidad y ninguna fue agradable. Ni pensar en hacerlo por voluntad.

Me vuelvo a acercar para observarla con más minuciosidad. Los ojos claros se ven cansados, deben ser los años, la vida que te pasa por encima y te agota, las preocupaciones, hijos, salud, dinero y amor como dice la canción. Se mantiene coqueta y lleva la edad con bastante dignidad. No pretende parecer una pendex, ni vestirse como una de veinte. ¡Qué ridículas quedan esas señoras que cuando las ves de espaldas son una cosa y al darse vuelta se le caen todas las sotas!

Se queda ahí como si ella me estuviera estudiando a mí. Tomo la decisión de irme primero y dejarla tranquila con su vida. Seguro que en algún momento volvemos a encontrarnos. La saludo, me responde con el mismo gesto de la mano.

Apago la luz. Salgo de la habitación y pienso ¿Seré realmente yo esa mujer en el espejo?

Y comerán perdices

Familiares y amigos del novio se ubican en la hilera de bancos de la derecha, familiares y amigos de la novia en la hilera de bancos de la izquierda, indicaba un caballero en la puerta de la iglesia. Miré a mi compañero y dudé, en realidad no conocía ni a una ni a otro, venía acompañando a un amigo (colega de ambos contrayentes en la facultad) que no quería asistir solo al evento. Nos decidimos por la fila de la

derecha donde había más lugar.

La ceremonia fue emotiva, como sucede en todas las bodas y por los mismos motivos. El noventa y cinco por ciento de las damas lloraban a moco tendido, las solteras porque envidiaban a la novia y no sabían cuándo les tocaría a ellas, las emparejadas porque por más que presionaban no conseguían que sus hombres aceptaran tremendo compromiso y las casadas porque añoraban esa etapa de fe y esperanza de una vida feliz a salvo de la soledad.

Saludamos en el atrio a los recién casados y nos dirigimos al salón donde se realizaría el gran festejo.

Nos ubicaron en la mesa número nueve, bastante alejada de la principal, que ostentaba un cartel: Colegas. Me presenté a los comensales y de inmediato las señoras me incluyeron en la conversación que versaba sobre lo desacertado del modelo del vestido de la novia: *Le queda espantoso, la hace más gorda y petisa, demasiadas capas de tul en la pollera, parece una gallina a punto de empollar.* Estas y otras frases similares se cruzaban entre ellas y yo sonreía por cortesía, sin emitir opinión.

Con la llegada de los novios al salón, luego de un aplauso cerrado, sirvieron el primer plato, unas crépes de jamón y queso con salsa de puerros que para mí estaban muy buenas, sin embargo los comentarios circundantes fueron críticos con el tamaño y la temperatura.

Primera tanda de baile, la mayoría se levantó y se acercó a la pista. Luego de sacudirnos por treinta minutos regresamos a nuestros lugares. Se apagaron las luces y una gran pantalla comenzó a mostrar a los novios en sus comienzos compartiendo salidas, vacaciones, mimos y arrumacos y finalizó con una gran foto de ambos sonriendo a la salida del registro civil mostrando orgullosos la libreta roja, prueba irrefutable de la legitimidad del vínculo.

Finalizado el video y mientras aguardábamos el plato principal, me enteré de todas las médicas y enfermeras con quien el novio tuvo oportunidad de compartir la sala de descanso, o no tanto, durante sus guardias. Tampoco faltó la información detallada de cómo la novia había obtenido la cátedra principal de gastroenterología luego de una visita íntima y muy productiva con el director del hospital a uno de los hoteles más lujosos y conocidos que se encuentran en la Panamericana.

El vino corría a velocidad de crucero por la garganta de todos y hacía sus efectos con rapidez. La bondiola a la mostaza que me sirvieron estaba aceptable, a pesar de los comentarios del resto sobre su textura y sabor.

Nueva tanda de baile. A esta altura de la noche la mayoría de las señoras y señoritas había descendido de los tacos de diez centímetros, algunas los

habían reemplazado por unas chatitas y otras directamente se movían descalzas sin ningún prejuicio.

Pedí disculpas a mi partenaire y me dirigí al toilette, no sólo a retocarme el maquillaje y acomodar el peinado. Mientras estaba encerrada tratando de hacer mis necesidades sin sentarme ni mojar mi vestido con el agua de color dudoso que cubría el piso, escuché a la novia que entró con una íntima amiga y le comentaba entre divertida y asustada que uno de sus colegas la había llevado a un cuartito donde se guardan los utensilios de limpieza y la había apretado y besado apasionadamente mientras jugaba con las manos por debajo del vestido. *Salí enrojecida acomodándome el escote y él subiéndose el cierre del pantalón, ojalá no nos haya visto nadie* . Por mi lado no me animaba siquiera a respirar para no ser descubierta, por fortuna luego de la confidencia partieron riéndose al salón a continuar con la fiesta.

Antes de servir el postre, la pareja se acercó a cada una de las mesas para cumplir con el ritual de rigor de las fotografías. Siguiendo el orden llegó hasta nosotros, todos sonreían y los felicitaban por la emotiva ceremonia, la gran recepción y lo acertado del modelo del vestido. Luego de la foto general con la mesa nueve, hicieron otra toma con cada una de las parejas presentes. Al llegar mi turno, la novia se dio cuenta que no me conocía, me miró de arriba abajo y mi amigo le explicó que era su acompañante.

¿No será una de tus putas? Alcancé a oír que le preguntaba al flamante esposo en voz baja mientras se aproximaban a la mesa diez. No sabía si sentirme ofendida o halagada, opté por ignorarla.

La noche continuó entre tandas de baile, mesa dulce y por supuesto el brindis central con la ceremonia del corte de torta .Las damas solteras se acercaron para tirar las cintitas y descubrir que el tesoro buscado que les daría la esperanza de ser la próxima elegida, se lo llevó la prima menor de la novia de ¡tan solo doce años!

Luego del carnaval carioca, batucada incluida, al que todos se prendieron con pitos, matracas, sombreros y guirnaldas, los novios se retiraron para cambiarse de ropa. Irían directo al aeropuerto para tomar el avión que los llevaría a Cancún a disfrutar una soñada luna de miel.

¡Que linda pareja! ¡Son el uno para el otro! Comentaban tías y abuelas de ambas familias.

Listos para despedirse, la novia le entregó el ramo a la hermana mayor mientras la abrazaba y le murmuraba algo al oído.

El auto los estaba esperando estacionado en la calle, saludaron agitando

las manos y prácticamente se desplomaron en el asiento.

Los vimos partir con las cabezas juntas y una ristra de latas de colores atadas al paragolpes trasero con un cartel que en grandes letras rojas decía: recién casados. ¿Serán felices? ¿Comerán perdices?.....Quién sabe.

La vida es sueño

Dicen que dormir es morir un poco. Él quería vivir a pleno, sin desperdiciar un solo momento. Cuando cumplió los cincuenta hizo un cálculo de las horas que había dormido durante su vida y se asustó: ¡sumaban quince años!

No podía continuar con ese ritmo, le quedaban muchas cosas postergadas por hacer y no deseaba perder su valioso e irrecuperable tiempo durmiendo. Luego de los ochenta, una vez liquidada su lista de sueños pendientes entre los que se incluían :(escalar una montaña,no tenía que ser el monte Everest ni el Aconcagua, bastaba con una altura de tres o cuatro mil metros: y descender en parapente, hacer un viaje en globo, sabía que desde Turquía salían con frecuencia cargados de turistas), podría dormir cuanto quisiera.

Para costearse estos gustos había ideado un plan: remontar el río Paraná con una pequeña embarcación, internarse en alguno de sus brazos más recónditos y descubrir una isla escondida y solitaria de la que poder adueñarse con solo pagar los impuestos exigidos por el municipio. Conseguiría inversores y construiría un complejo hotelero vacacional VIP, super exclusivo donde recibiría a la elite nacional e internacional que disfrutaría el anonimato por una suma más que razonable. ¿Quién puede ponerle precio a su paz, tranquilidad y privacidad? Ciertamente los políticos y personas del jet set no dudarían en hacerlo.

Estos y otros proyectos se incubaban en su mente febril. Para llevarlos a cabo necesitaba sumarle horas a la productividad laboral que le permitiría ahorrar los fondos necesarios para comenzar.

En primer lugar debía aprender a vivir en vigilia durante más horas. Comenzó por ingerir un litro de café antes de irse a la cama y haciendo un esfuerzo descomunal para mantenerse despierto consiguió reducir sus ocho horas de sueño a solo cinco. No era suficiente ¿cuántos años representaban cinco horas diarias por aproximadamente veinticinco años? que era el cálculo de vida útil que había estimado. Demasiados.

Luego del café incursionó con un medicamento que lo mantendría alerta durante varias horas. Tampoco fue suficiente así que decidió pasar a algo

más drástico y se decidió por las llamadas drogas duras.

Con alegría se dio cuenta que ya no necesitaba dormir y funcionaba perfectamente sin cansarse las veinticuatro horas.

Sus compañeros de trabajo lo veían cada vez más desmejorado, los ojos inyectados en sangre, el carácter irascible, incluso en algunas conversaciones notaron que desvariaba. Los vecinos no querían subir en el ascensor con el loco del quinto piso y el encargado del edificio lo evitaba cada vez que lo veía aparecer.

Una mañana su jefe lo llamó para sugerirle que se tomara una licencia. Enfurecido le arrojó la computadora por la cabeza y salió de la oficina dando un portazo sintiéndose totalmente incomprendido.

Tomó por la avenida para aclarar la mente, los autos y colectivos tocaban bocina para evitar chocarlo, él parecía no escuchar. Un policía se acercó y lo quiso acompañar a la vereda, se soltó y escapó corriendo sin dirección.

Rendido y agotado se detuvo frente a un paredón sin fuerzas para continuar, cayó sentado, la espalda apoyada contra la pared, respiró profundo y finalmente cerró los ojos por primera vez en meses.

Rentas

Entré al imponente edificio de la Dirección General de Rentas de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires por enésima vez en los últimos siete años .En esta oportunidad, por la puerta que da a la calle Viamonte directo al sector de Mandatarios Judiciales.

Recorrí el pasillo que me llevó a una oficina enorme con decenas de escritorios donde los empleados, como hormigas, llevaban papeles de un lado a otro.

Miré alrededor buscando el expendedor de números*. Lo sacaron, ahora nos atienden por orden de llegada*. *Anótese en la lista y la llaman por el apellido,* me informó un señor. Lo hice y me senté en una silla desocupada. Esperé mi turno por más de dos horas.

Buenos días, vengo por una baja de ingresos brutos que está observada, me enviaron un mail donde me explicaban que el expediente estaba en las oficinas del Mandatario número veintiuno. Me apersoné al lugar que me indicaron y la secretaria me explicó que ellos no lo tienen, que nunca lo tuvieron. Me pidió que me acercara a esta oficina para averiguar qué sucedió.

A esta altura y después de siete años, sí ¡siete años!, mi paciencia infinita

se iba desmoronando.

Ya hice este trámite con idas y vueltas de un sector a otro, de un mandatario a otro, mi voz salía cada vez con más potencia. *Luego de pagar las multas correspondientes, falta sólo un paso más, pero el bendito expediente no aparece y acá estoy nuevamente dando vueltas, yendo y viniendo como maleta de locos sin resolverlo*, explicaba con un crescendo de soprano desafinada.

Está bien señora, no se ponga así, tranquilícese.

¿Cómo me voy a tranquilizar si ustedes son unos ineptos? ¿Tiene idea del stress, del dinero que vengo gastando para terminar con este trámite que sigue sin resolución? A esta altura y sin noción de tiempo y espacio, gritaba desaforada.

Señora, por favor, baje del escritorio y hablamos más serenos, me dijo el funcionario.

Vi a los guardias de seguridad que se acercaban y muy dócil me arrodillé para luego bajar a la silla y de ahí al piso.

Tráinganle un vaso de agua, ordenó la jefa de la sección mientras se acercaba y me explicaba que todo se iba a arreglar.

No sé de dónde o cómo apareció un muchachito triunfante con el expediente en la mano como si hubiera ganado la copa del mundo. *Estaba mal clasificado, en el archivo*

¿Se da cuenta señora?, ya apareció, acotó la jefa con ganas de estrangular al empleado.

Ahora lo sellamos y lo enviamos para que le den la baja.

Muchas gracias, articulé incrédula y roja de vergüenza.

Luego de tantos años de tortuosas visitas a la repartición, de las miles de horas desperdiciadas frente a las ventanillas de todos los sectores, de las amenazas de iniciar acciones judiciales, de la búsqueda infructuosa de "algún contacto interno"; con un simple ataque de nervios conseguí lo que mi sensatez y sano juicio no habían logrado.

¡Señora! ¡Señora! Se quedó dormida. La están llamando.

Fotogramas

Nunca te gustó ordenar el cajón de las fotos, sin embargo tomaste la gran caja azul, la apoyaste sobre la cama y te sentaste en un borde haciendo

lugar para distribuir las imágenes.

Cada una te llevó a un recuerdo. Imposible no evocarlo, recorrerlo y revivirlo. Cada fotografía cuenta una historia y juntas van formando la película de tu vida.

¿Cómo clasificarlas? ¿Cronológicamente? No siempre es la mejor idea, una te lleva a buscar otra para continuar la relación con ese personaje con el que compartiste vivencias de a ratos, mientras la vida continuaba en otras fotos muy distintas.

¿Por tema? Imposible, la mezcla sería inentendible para quien quisiera verlas ¿Alguno estará interesado en observarlas, le contarán la misma historia? Te cuestionaste. Seguro que no, fue tu respuesta instantánea y contundente.

Tomaste una (¿al azar?), tu mamá y tu papá en el Paddock del Hipódromo de Palermo. Qué jóvenes se los ve. Te llevaban cuando eras muy pequeña y volvías a casa con las precisas instrucciones de no decir la palabra hipódromo. Entonces le contabas a tu abuela que habían ido a un sitio muy lindo y que había caballos y corrían y corrían, pero nunca le dijiste cómo se llamaba ese lugar.

Cuando cumpliste quince, te llevaron de contrabando al Hipódromo de La Plata. Tu papá te había regalado quinientos boletos de un caballo que era una “fija”.

Estabas maravillada, incapaz de asimilar lo que tus ojos vírgenes descubrían. La pista inmensa, las tribunas repletas, la gente observando los paseos de los caballos que desfilaban mostrándose a la multitud, las chaquetillas de los jockeys que lucían orgullosos representando al haras que les había confiado la monta, las corridas a las ventanillas para jugar su ilusión. Las conversaciones susurradas con el número del ganador de la sexta carrera. La confitería con sus sándwiches de pavita con tomate, donde podías pedir Coca Cola.

Cuando comenzó la carrera no sabías si mirar la pista o las tribunas. La gente alentaba a los jockeys de pie gritando con la revista “La Fija” enrrollada en una mano y golpeando la otra, las exclamaciones, la euforia.

Las caras de desilusión de los que habían perdido mientras rompían en mil pedazos los boletos. Los abrazos y la felicidad de los ganadores que corrían a cobrar. El orgullo reflejado en el porte del jockey, el cuidador y el dueño del caballo ganador, incluso parecía que el mismo animal se paseaba más erguido como si supiera que era su momento.

Volviste muchas veces a ese lugar que te fascinó, a Palermo y a San Isidro, rompiste boletos la mayoría de las ocasiones y corriste a cobrar otras pocas. Nunca perdiste la emoción del doble espectáculo, en la pista y en las gradas.

Luego que falleció tu papá, ya hace más de treinta años, nunca quisiste regresar, no hubiera sido lo mismo.

Tus ojos volvieron a la fotografía con nostalgia, miraste el reloj, ya había pasado una hora y media y debías cambiarte para salir. Devolviste las fotos a la caja azul y te preguntaste ¿cómo se organizan las emociones?

Búsqueda incesante

¿Qué batalla interna la había encerrado en ese lugar? ¿A quién quería rescatar? Desde el comienzo de sus días vivía desorientada, creyendo sin razón que si lograba matar al monstruo obtendría la gloria y viviría por siempre feliz. Qué ironía la suya, cada vez se extraviaba más y más, ya no sabía ni quien era, ni qué buscaba.

Perdida en el gran laberinto, miraba los muros de duda que la rodeaban y no podía siquiera adivinar cuál era el camino de salida.

Era consciente de que su vida había transcurrido encerrada en ese lugar engañoso que le mostraba espejismos en el desierto. Corría ilusionada, con renovada energía, valor, entusiasmo y determinación y después volvía a descubrirse perdida como al principio de los tiempos.

Hacía millones de años que daba vueltas y recorría mil y un caminos diferentes. ¿O tal vez eran los mismos que se disfrazaban de otros paisajes para confundirla?

Hubo momentos en que creyó acertar con la puerta de la libertad y cuando logró cruzarla se volvió a encontrar con otro sendero franqueado de muros iguales y distintos que la obligaban a permanecer en esa jaula.

Se tendió a descansar mirando el cielo oscuro cubiertos de pequeñas lucecitas desordenadas. Si aprendiera a leerlo, pensó, a lo mejor iría descubriendo pistas.

La despertó la claridad de la mañana, el sol poco a poco iba iluminando el lugar, se restregó los ojos para acostumbrar la vista y vio su sombra proyectada en lo alto de la pared. Se levantó y regresó a la búsqueda incesante, cada vez con menos confianza en superar el reto. Gritó pidiendo ayuda con la esperanza de que alguien la escuche.

Durante siglos había buscado por doquier quién le tendiera la punta del ovillo que debía seguir para salvarse. Murió sin darse cuenta que ella era

Ariadna, la única que conocía la salida.

El laberinto de los sueños

Bajé del avión por la manga, pasé por migraciones, esperé el equipaje y salí por la puerta principal de pasajeros que llegan del exterior en el Aeropuerto de Ezeiza. Vos estabas ahí con un gran cartel sostenido con ambas manos, que contenía sólo tres números, y una inmensa sonrisa.

Me desperté con una extraña sensación, feliz de haberte encontrado en mi sueño, intrigada por el cartel.

Mi primer impulso, te confieso, fue ir y jugar el número a la quiniela .El primer día no salió, ni el segundo y el tercero tampoco. Tuve que admitir que para eso no era y dejé de gastar mi dinero. Me cuestioné aún más ¿cuál es el significado? ¿Qué me querías decir con esos números?

Los transformé en letras buscando iniciales de personas, instituciones, empresas; no se correspondían con nada.

Los sumé y los reduje a un dígito que podría llegar a ser mágico para mí y busqué su significado en un libro sobre numerología. No me resonaba, no simbolizaba nada especial, no tenía que ver conmigo ni con mi vida, ni mis circunstancias.

Decidí que no estaba dentro de mis capacidades descifrar mensajes del más allá y consulté con un tarotista y numerólogo. Hizo un estudio intensivo de los arcanos a los cuales correspondían los benditos números, la suma de los mismos, y algunas combinaciones que consideró oportunas. Me fui tan desorientada como cuando había entrado.

A esta altura mi grado de obsesión rayaba casi en el desquicio. Me avergonzaba comentarlo, todos me decían que lo dejara, que era sólo un sueño y que lo importante era que vos estabas sonriente y feliz.

Sin embargo no podía abandonarlo, sabía que había una razón para que te hayas aparecido así en mi sueño recibiéndome a la vuelta de un viaje con un cartel inmenso con esos números específicos y continué mi búsqueda.

Fui a ver a una mujer que hacía lecturas de registros akáshicos (1), hicimos un trabajo excelente y entendí varios aspectos de mi historia, sin embargo la explicación que buscaba tampoco me cerró.

Decidí recluirme en casa y hacer un raconto de todo lo que había aprendido buscando y rebuscando una interpretación satisfactoria. Descubrí asombrada que había entrado en un mundo antes desconocido para mí y que de cada experiencia había sacado algo positivo, que más

adelante pude utilizar en algún momento de mi vida.

Sin embargo mi corazón sabía que algo faltaba. Hice un último intento. Fui a ver a una mujer que leía el aura y percibía cosas que los seres humanos en general no vemos. Me recibió con mucha dulzura y centró su sesión en mí. Cuando finalizaba, le pregunté ansiosa por los números y me respondió*: Ese cartel tiene un mensaje que sólo vos podés interpretar, ¡ prestá atención a las señales! fíjate dónde aparece esa combinación de números, fechas, direcciones, teléfonos, registros, etc. Y sola te vas a dar cuenta.*

Salí con una gran sensación de paz y le hice caso a pie juntillas. Estuve atenta y comencé a verlo. Me encontraba pensando si debía cerrar un acuerdo y delante de mí se cruzaba un auto cuya chapa terminaba justo con esos números. Para cada decisión importante que debía tomar, apareció esa señal numérica que vino en mi ayuda.

Cuando me deprimo y siento que todo está mal, que todo anda para atrás, de algún lado, papá, aparecen esos números que me dicen que vos estás ahí esperándome con una sonrisa al regreso del viaje, mostrándome las puertas que tengo que ir abriendo en este gran laberinto que es la vida.

Según el hinduismo, el Akasha, en sánscrito, es el archivo de todas las experiencias del alma: pasado-presente y futuro, (teniendo en cuenta que el tiempo y el espacio son simbolismo de la tercera dimensión que no atañen al Alma). Es el registro del viaje del alma, desde su comienzo y contiene todas las posibilidades de su desarrollo futuro